presenta un libro por el Dr. OSWALD J. SMITH

LAS AVENTURAS DE ANDRES

riencias agridulces de un niño que quiere ser hombre

210

ANDRES

Era un niño como cualquier otro: lleno de vida y alegría. Sus aventuras probablemente nos recuerden alguna que hayamos vivido. Sin embargo, los recuerdos que Andrés fue acumulando lo llevaron a una experiencia religiosa profunda que transformó su vida.

Andrés McGinnis es el nombre que el autor usa para ocultar el del verdadero protagonista: el propio doctor Oswald Smith. El doctor Smith (o Andrés, como querramos llamarlo) se ha dado a conocer por sus innumerables obras, entre ellas *Las historias de Santo Tomás* y el extracto del diario de *David Brainerd*, que Publicaciones Juventud ha editado, además de otras obras devocionales de gran interés. Es además pastor emérito de The Peoples Church (La Iglesia del Pueblo) de Toronto, Canadá y director de la sociedad misionera del mismo nombre.

las aventuras de andrés

por
OSWALD
J.
SMITH

Publicaciones
Juventud
Miami,
Florida
U.S.A.

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela
DE

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela
DE

I El susto
II El robo
III Tomás el Cuervo
IV El ojo amoratado
V El castigo
VI Acela
VII Al borde de la tragedia
VIII El ladrón
IX El tiroteo
X Una experiencia nueva

© Publicaciones Juventud 1966
832 SW 23 Ave., Miami,
Florida 33135, USA.

Reservamos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la debida autorización.

Litografiado en Estados Unidos de América

Segunda Edición, 1967

Capítulo I

EL SUSTO

LE LLAMABAN Chivo. Sus otros apodos eran Poste de Telégrafo, Patilargo y Larguirucho, pero sus amigos preferían llamarlo Chivo. Su verdadero nombre era Andrés, Andrés McGinnis.

Era alto y flaco —escandalosamente flaco— y, al decir de los vecinos, crecía como la hierba mala. De ahí sus apodos de Poste de Telégrafo, Patilargo y Larguirucho.

Mas el apodo que prevaleció fue el de Chivo. Creo que éste fue el fruto del interés de Andrés en las cabras. Tanto había llegado a desear tener un chivo que hablaba de ello sin cesar. Y

Se detuvieron junto al frondoso nogal bajo cuyas ramas solían jugar.

hasta había edificado un establo de varas, y soñaba con el día en que tendría un chivo de su propiedad.

Una tarde, al volver a la casa con su amigo Arturo, la madre de Andrés le había pedido a éste que fuese al establo viejo, y le consiguiese para sus flores un poco de tierra abonada de la que allí había. Andrés y Arturo, equipados con un cubo, habían ido al establo.

No había ninguna casa cerca y ya obscurecía. Se detuvieron junto al frondoso nogal bajo cuyas ramas solían jugar. La estación del ferrocarril, donde Andrés vivía, estaba a medio kilómetro, y como a tres cuartos de kilómetros de ésta, hacia un lado, la casa de Arturo. El nogal parecía un fantasma en la creciente penumbra. Bajo él estaba la caseta que ellos mismos se habían construído para jugar, donde solían pasar tardes felices, coloreadas por el verdor de las ramas de aquel nogal que tantas veces habían trepado.

Los chicos avanzaron sin imaginarse siquiera lo que les esperaba. El establo, a unas varas del camino, era bastante accesible. Dentro estaba oscuro, tan oscuro que metía miedo.

Se detuvieron un momento. Luego, a gatas, se fueron metiendo debajo del piso para sacar la tierra que habían ido a buscar. Momentos más tarde estaban ya llenando el cubo.

De pronto, sintieron un leve movimiento sobre sus cabezas. Demasiado acobardados para continuar lo que estaban haciendo, se detuvieron en el más absoluto silencio a esperar lo ines-

perado.

Después de dos minutos de escaso respirar, comenzaron a trazarse un plan de huida. Gatearían hasta la salida y desde allí ¡a correr se ha dicho!

Despacio, pulgada a pulgada, sin hablar ni una palabra, se fueron acercando a la salida. Una vez allí, se pusieron de pie y echaron a correr.

Antes de llegar a la puerta del establo, Arturo se detuvo y miró atrás. Andrés lo imitó y se estremeció al tirar un vistazo a la oscuridad.

—Un momento —dijo Andrés tratando de traspasar las tinieblas—. ¿No nos habremos asustado por gusto?

—Claro que sí —respondió una voz ronca y grosera.

Sin esperar a oír más, los dos muchachos echaron a correr como alma que lleva el diablo hacia el portón de la cerca, que estaba como a una cuadra de distancia. Si lo brincaron o lo treparon, o si se escurrieron por debajo, no lo sé. Estaban tan asustados que volaban más que corrían por aquel camino.

¿Los vendría persiguiendo? ¿Lograrían escapar? ¿Quién era el hombre que les había hablado? ¿Podrían correr lo suficientemente rápido para escapársele? Estas preguntas llenaban todos sus pensamientos mientras volaban hacia el paradero del tren.

Al fin, fatigados y sin aliento, llegaron. Un instante antes habían alcanzado a ver a sus pa-

dres parados sobre el césped, cerca de la casa. Corrieron a ellos pálidos de miedo y trataron de contarles lo que pasaba, pero al momento les fue imposible. Cuando lo hicieron, el padre de Andrés corrió escaleras arriba a buscar un arma, mientras el padre de Arturo buscaba una linterna. Así equipados, se fueron al establo. Los niños, ya más tranquilos, fueron recobrando el aliento.

Un rato más tarde los dos hombres regresaban contando que habían hallado un mendigo, indefenso según ellos, que pretendía pasar la noche en el establo.

Aquella noche Andrés no soñó con chivos, sino con mendigos. Tuvo una pesadilla. Soñó que colgaba de los brazos en un cable tendido de la estación a la casa de Arturo. No podía alcanzar el suelo con los pies y se balanceaba con las manos entrecruzadas para no caer. Sobre el cordel, navajas afiladas le herían las manos.

Despertó gritando con desesperación, pero al abrir los ojos se halló forcejeando en los brazos de su madre. Se abrazó a ella temblando y sollozando. Cuando la madre logró calmarlo, volvió a quedarse dormido.

Su cuarto estaba en el segundo piso de la estación de ferrocarril, exactamente sobre el salón de espera y las oficinas. Había en él una ventana de tamaño regular y dos claraboyas. Durante la noche, montones de trenes pasaban estrepitosamente; pero Andrés y Ernesto, con quien dormía, estaban tan acostumbrados al ruido que

ya no los sentían.

A la mañana siguiente, Ernesto se empeñó en saber la historia del mendigo y mucho antes de la hora de levantarse hizo que Andrés se la contara.

—Pero, ¿llegaste a verlo? —le preguntó sentado en la cama.

—No, no me paré a mirarlo —respondió Andrés—. Tenía demasiado miedo. Claro que ahora no le tendría miedo.

—Apuesto a que sí —replicó Ernesto—. Yo tendría miedo.

—Pues yo no le tendría miedo ahora —declaró dándoselas de héroe—. Ahora no me asustaría.

—¿Les cayó atrás? —preguntó Ernesto, mientras arrojaba a un lado las sábanas.

—No lo sé. Corrimos tan duro que no nos dimos cuenta de nada. Pero mira, levantémonos, que tenemos que hacerle los mandados a mamá.

—Está bien, pero dime qué hicieron cuando llegaron al portón.

—Brincamos la cerca.

—¿Que la brincaron? Pero si es altísima.

—Bueno, a lo mejor abrimos el portón. De veras no recuerdo.

—¿Cómo sabes que había un viejo en la choza? —volvió a preguntar Ernesto mientras se tiraba de la cama y comenzaba a vestirse.

—Porque papá lo vio. Estaba acostado en el suelo.

—A que tenía barba negra.

—Sí, y ropa vieja, y un lío en la punta de una

vara.

—Te hubiera matado si te coge.

—Lo sé. Por eso corrí tan duro.

—¿Corrió también Arturo?

—Claro, tenía tanto miedo como yo.

—Vamos a la choza a ver donde estaba.

—¿No te da miedo?

—No, porque es de día. De noche sí que no me atrevería.

—Bien, vamos. Así le traigo el cubo de tierra a mamá.

Se vistieron rápidamente, y después de desayunar con un buen plato de avena, salieron por la ruta del nogal.

Andrés era pecoso. Por supuesto, era mucho más alto que su hermano, pero Ernesto lucía más fuerte.

Cuando llegaron al nogal, Ernesto se escurrió dentro de la caseta. Andrés, mientras tanto, ya se había encaramado al árbol y se dejaba colgar de una rama larga a veinte pies del suelo. Finalmente, fueron al establo, y después de mirar por las rendijas y ver que no había nadie, se aventuraron a entrar.

Vieron el montoncillo de heno donde había dormido el mendigo, pero éste ya se había ido. Encontraron el cubo bajo el piso, exactamente donde Andrés y Arturo lo habían dejado. No sentían miedo. ¡Qué distintas son las cosas cuando hay luz! ¡Qué valientes eran!

Ha pasado mucho tiempo desde aquella aventura, pero los niños no la han olvidado jamás.

Era una de esas noches hermosas, precedida de un largo silencio crepuscular roto solamente por el grito del chotacabra.

Capítulo II

EL ROBO

UNA NOCHE, meses después de la aventura con el mendigo, Andrés se fue a la cama temprano. Estaba más cansado que de costumbre a causa de haberse pasado la noche paseando el cochecito de su hermana más pequeña, Dorothy, alrededor de la estufa del salón de espera de la estación de Embro. Leyó un rato, o mejor dicho,

leyó hasta no poder mantener más los ojos abiertos.

Era aquella una de esas noches hermosas que han hecho famosa a Ontario, precedidas de un largo silencio crepuscular roto solamente por el grito del chotacabra en los potreros distantes. Antes de recogerse en casa, Andrés había estado jugando con sus hermanos un juego que ellos mismos habían inventado y que llamaban "el árbol".

Uno de los jugadores se paraba en medio del claro, pelota en mano, mientras cada uno de los otros se paraba junto a un árbol distinto. Cada jugador tenía que tratar de cambiar de árbol sin que lo alcanzara un pelotazo. El jugador que estuviese en el árbol invadido tenía entonces que correr a otro. El juego era divertidísimo y se hacía más divertido a medida que progresaba; pero agotaba, de ahí que Andrés estuviese tan cansado al acostarse que casi al caer en la cama se quedó dormido.

A LA mañana siguiente la familia entera se despertó a los gritos de Daniel Parsons, el capataz.

—¡Samuel! ¡Samuel! —gritó aquél—. ¡Venga! ¡Levántese! ¡Pronto! Samuel McGinnis, el agente del ferrocarril y padre de Andrés, se tiró de la cama de un salto.

—¡Samuel! ¡Samuel McGinnis! —continuó Daniel—. ¡Baje, que han cometido un robo! ¡Apúrese, que le han robado!

Todo el mundo se levantó. Ninguno se molestó en vestirse. Temblorosos, los niños saltaron de la cama y corrieron escaleras abajo.

—¡Samuel! ¡Samuel! —se oyó de nuevo la excitada voz—. ¡Arrancaron la ventana! ¡La caja del dinero está boca abajo sobre el escritorio! ¡Seguro que han robado! ¿Pero cuándo va a acabar de venir?

Saltando sobre los peldaños de la escalera bajó McGinnis a ver aquello.

Daniel atisbaba por la ventana abierta. Sobre el escritorio estaba la caja del dinero, boca abajo. McGinnis se acercó a la caja y la volvió. Estaba vacía. Le fue fácil calcular que le habían robado alrededor de treinta y cinco dólares, suma considerable en aquellos tiempos en que un hombre ganaba menos de un dólar al día.

—Sí —gimió—, se lo llevaron todo, inclusive mi anillo.

Pero, ¿dónde estaba el ladrón? Claro, era eso lo que había que averiguar.

—Mire —explicó Daniel—, se metieron por esta ventana —lo cual estaba más que claro—. ¿Ve? Forzaron la ventana después de romper la aldaba. Deben haber usado un buen trozo de cabilla.

Daniel miró alrededor tratando de hallar la cabilla.

¡Qué emoción! Los niños y la madre, apelotonados por allí, permanecían mudos de asombro. Habían robado en la estación. Alguien había penetrado en aquella habitación y, después de saquear la caja de caudales, había escapado.

McGinnis puso un telegrama y por la tarde dos detéctives llegaron a investigar.

Buscaron por todas partes el instrumento con que debían haber abierto la ventana, pero no tuvieron éxito. De él no había ni rastro.

Los niños entraron también en actividad. Siguiendo las huellas, rebuscaron hasta en la última pulgada de césped, pero sin éxito.

—¿Creen ustedes que lo van a coger? —preguntó Ernesto.

—¡Claro! —replicó Acela, la mayor de las hermanas—. Los detéctives lo hallarán.

—¿Qué si lo buscáramos nosotros? —sugirió Andrés—. Debe estar escondido en alguna parte.

—Tú saldrías corriendo —se burló Ernesto—. ¿Te acuerdas del susto que te metió el mendigo?

—¡Qué voy a salir corriendo! ¡Cojo el revólver de papá y me lo llevo preso!

—¿No estará escondido en la caseta? —dijo Acela.

—O en el almacén. ¡Seguro que está allí! —dijo con aire de triunfo Alina, la otra hermana.

—¡Qué va! Apuesto a que está debajo del piso —replicó Ernesto.

—¡A almorzar!

Olvidando por un momento al ladrón, corrieron a la cocina, desde donde la madre los llamaba.

El almuerzo estaba servido sobre una mesa larga de madera recubierta de hule. A un lado, contra la pared, había un banco largo. El padre se sentó en una punta de la mesa y la madre en

La vi a menudo recogiendo frambuesas silvestres a las cinco de la mañana.

la otra. Andrés, Ernesto y Acela se sentaron en el banco; Alina y Gordon, en sus respectivas sillas al otro lado de la mesa; y la nena de la casa, Dorothy, ocupaba una silla alta al lado de la madre.

La esposa de McGinnis todavía lucía joven; en realidad sólo tenía unos treinta y tantos años. Nosotros, los que teníamos el privilegio de ser sus vecinos, nunca olvidaremos a aquella joven esposa de unos veinticinco años de edad que, con su esposo y dos hijos (Andrés y Ernesto), llegó un día al paradero de Embro. Era hija de un labrador y había nacido en las afueras de la pequeña villa de Odessa, a diecinueve kilómetros de Kingston.

La vi por primera vez cuando fue con Andrés a comprar huevos a la granja de los Díaz, que era la primera al norte del paradero. Recuerdo la lozanía de su rostro. Luego la vi a menudo recogiendo frambuesas silvestres a las cinco de la mañana. Cómo se las arreglaba para hornear montones de dulces, pasteles y tortas, fregar el piso de la cocina, coser y zurcir para sus hijos, hacer limpieza general de casa todas las primaveras, preparar las comidas y cientos de otras cosas, no lo supe nunca.

Aquél fue un día de gran excitación y mucha habladuría. Aún muchos días después, el robo era el tópico de conversación en las comidas. Mas luego, como todas las cosas, poco a poco se fue olvidando a medida que otros acontecimientos fueron tomando lugar.

Capítulo III

TOMAS EL CUERVO

Lo HALLARON en la copa de un árbol y, pichón al fin, acurrucado en un nido. Para ser exactos, lo secuestraron, es decir, se lo llevaron del nido.

Un día Andrés y Ernesto descubrieron el nido en la copa de un árbol del bosque de los Dundas, más allá del estrecho sembrado que hay junto a la estación de ferrocarril. Allá llevaron una escalera y una cesta para guardar al cautivo.

Luego de colocar la escalera contra el árbol, Andrés, cesta en mano, subió. La escalera no era lo suficientemente alta, pero le permitió llegar a las ramas más bajas. Una vez allí, fue saltando y encaramándose hasta llegar al nido.

Mas, de súbito, aparecieron los padres del cuervo y Andrés se vio atacado por todos los lados. Graznando con enojo se lanzaron en picada sobre él. Se le acercaban tanto que Andrés tuvo que luchar una docena de veces por mantener el equilibrio, pero luego volvían a remontarse sobre la cabeza del zagal. Estaban determinados a defender el nido y la cría.

La escalera no era lo suficientemente alta, pero le permitió llegar a las ramas más bajas. Una vez allí, fue saltando y encaramándose hasta llegar al nido.

—¡Graz! ¡Graz! —parecía gritar el padre—. ¡Vete de aquí! ¡Aléjate de mi nido, niño cruel!

—¡Graz! ¡Graz! —graznaba la madre—. ¿Qué haces aquí? ¿Es que te atreves a secuestrar mi hijo ante mis propios ojos? ¡Malcriado, malcriado! ¿Por qué eres tan cruel? ¡Graz!

Y luego se unían en el graznar mientras Andrés contemplaba el nido donde cuatro pichones de cuervo abrían de par en par la boca pidiendo gusanillos. El muchacho estaba pegado a una rama en espera de que menguara el furor del ataque. El corazón le latía a martillazos. Debajo veía a Ernesto. Por unos momentos el temor lo dominó; mas luego, viendo que los cuervos se habían calmado un poco, seleccionó rápidamente dos de los pichones. Tuvo que arrancarlos del nido, pues se habían agarrado de él tan firmemente que por poco Andrés abandona el empeño. Los colocó en la cesta. Por ese entonces los cuervos padres volvían al ataque con tal vigor que Andrés pensó que le iban a alcanzar la cabeza y sacarle los ojos. Pero fue descendiendo paso a paso cubierto con la cesta hasta que al fin, sudoroso por el esfuerzo y la emoción, alcanzó el suelo.

—¿Los cogiste? —preguntó Ernesto con la mirada prendida en aquellos pajarillos negros de picos abiertos.

—Claro —respondió Andrés—. Corramos a casa.

Les consiguieron gusanos, trocitos de carne y otros manjares. ¡Qué apetito! Al parecer era

imposible satisfacerlos. A los pocos días uno de los pichones murió; pero el otro, a quien le habían puesto por nombre Tomás, vivía, comía y crecía, y mientras más comía más crecía. Algún tiempo después echaba el plumaje. Solía andar saltando de aquí para allá y haciéndose amigo de todos. A las pocas semanas ya respondía por su nombre.

No tardó mucho en poder volar a cualquier parte. Solía entonces posarse en algún poste de la cerca y de allí seguir a los muchachos hasta la escuela, distante dos kilómetros. A medida que caminaban, Tomás saltaba de poste de telégrafo a poste de telégrafo. El día entero, mientras los niños estaban en clase, Tomás esperaba sobre la cerca; y a las cuatro de la tarde seguía a sus amigos de regreso a la casa. Todo el mundo conocía a Tomás.

Por las noches se iba al salón de espera de la estación y se posaba en el marco de alguno de los cuadros que colgaban de la pared. Desde allí estudiaba a los pasajeros o miraba jugar a los niños hasta que obscurecía. Tanto le gustaba que le rascaran la cabeza que permanecía hasta media hora sin moverse apenas mientras uno de los niños lo hacía.

¡Cómo le gustaba que Andrés cavara en el jardín! Se paraba entonces lo más cerca que se atrevía; si veía algún gusano se le lanzaba encima como una flecha y, tensa las piernas, tiraba de él con el pico hasta engullirlo. Luego esperaba que Andrés volviera a remover la tierra para

ver si encontraba otro.

En más de una ocasión, la madre de Andrés se despertó muy de mañana al grito de "¡Andrés! ¡Andrés! ¡Hola! ¡Hola!" Y al correr a la ventana se encontraba tan sólo a Tomás el cuervo que, encaramado sobre un poste de telégrafo, llamaba: "¡Andrés! ¡Andrés! ¡Hola! ¡Hola!"

Realmente, Tomás tenía una voz humana. Lejos estaba de hablar como los loros. Era su pronunciación tan humana lo que engañaba a la madre de Andrés. Y eso que no le hicieron el corte en la lengua que a veces se hace a los cuervos para que hablen mejor. Andrés nunca hubiera podido cometer tal crueldad, y mucho menos sin ser necesario. Las pocas palabras que había aprendido, Tomás las pronunciaba tan perfectamente como un ser humano.

Un día estaba Tomás posado en el dintel de la puerta del tanque de petróleo cuando alguien, sin saber que él estaba allí, tiró de la puerta y le lastimó considerablemente los dedos. Aleteó y graznó de dolor; pasaron dos semanas para que se le sanaran.

Le gustaba posarse en el hombro de algunos de los niños. Y a veces hacía travesuras. Una vez se comió la comida que la madre de Andrés había puesto a enfriar. Esta tomó una escoba y le cayó atrás, pero Tomás simplemente voló hasta quedar fuera del alcance de la escoba. Desde allí protestó malhumorado por el abuso de que estaba siendo objeto. ¡Pobre Tomás! ¡Y qué vida la de la madre de Andrés!

Tomás era un ladrón impenitente. Por cuanto a él lo habían secuestrado, secuestraba cualquier cosa. Si podía volar hasta la mesa y apoderarse de una cuchara, la escondía. Lápiz que estuviera sobre el escritorio, lápiz que Tomás se robaba. Sólo él sabía donde escondía el tesoro, pero aunque podía regresar al mismo lugar, raramente lo hacía. Ya era sabido que cosa que él se llevara, había que darla por perdida. Sí, Tomás era ladrón y no tenía cura. Nunca se reformó. Jamás brilló por su honestidad, porque no tenía ninguna.

¡Pero qué simpático era! No había un pasajero que no lo conociera. Los ferroviarios lo tenían como de la familia. Los vecinos eran sus amigos. Los niños lo admiraban por las travesuras que hacía. Todo el mundo conocía a Tomás. Y, a propósito, era tan conocido que una vez un mozo trató de robárselo.

Por dos o tres años Tomás hizo de la vieja estación de Embro y sus alrededores su hogar. Frecuentaba el almacén, el gallinero, el establo de las vacas. En sus viajes de exploración llegó a conocer palmo a palmo kilómetros a la redonda. Tomás era parte de la familia. Pero uno de esos años, cuando las hojas comenzaban a caer y los colores del otoño fueron apareciendo, y los cuervos se reunían en bandadas de miles para volar a climas más cálidos, Tomás escuchó el grito de la sangre y le fue irresistible: él también se fue. Si los cuervos salvajes lo mataron o si se fue con ellos, no lo sé. Lo único que sé es que

Tomás desapareció . . . y que nunca volvió.

Ya no más irritaría a la madre de Andrés. Ya no más seguiría a los niños en el trayecto hacia la escuela. Tomás se había ido. Su familiar graznido no habría de escucharse jamás. ¡Qué tragedia! El corazón de los niños sollozó aquel día. Se sentían muy solos, pues aquel cuervo había llegado a ser un verdadero amigo.

Andrés, especialmente, no lo olvidaría jamás. Por siempre recordaría la subida al árbol del nido. Mas Tomás se había ido.

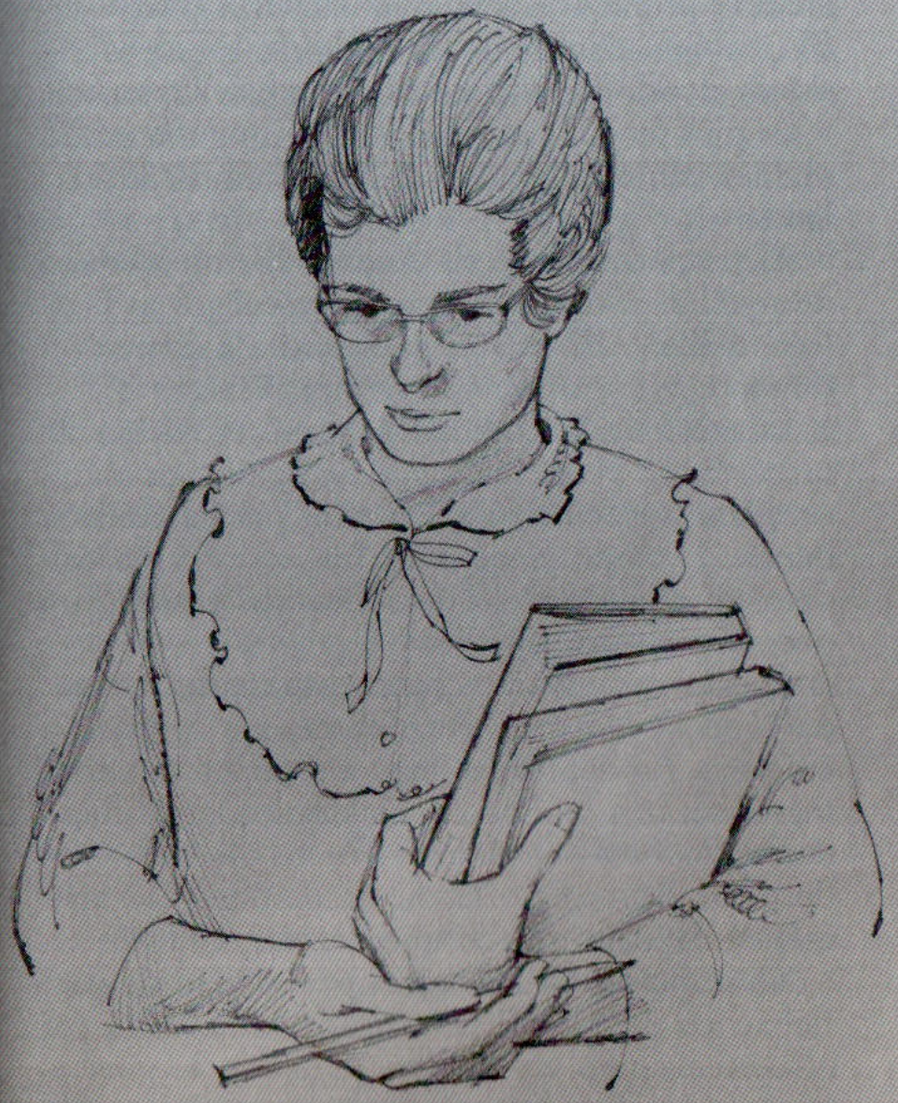
Capítulo IV

EL OJO AMORATADO

ANDRÉS VIVÍA como a dos kilómetros y medio de la escuela. Asistía a la pequeña casa escuela de ladrillos de la Esquina de los Cody, conocida así porque había varios Cody en la vecindad: Benjamín Cody vivía al oeste, Elmer Cody al norte y Máximo Cody en la villa de Embro.

La primera que llevó a Andrés a la escuela fue Juana Dundas. Andrés tenía entonces siete años. Era larga la caminata que tenían que dar: más de dos kilómetros solamente de ida.

En una pequeña casita a mitad del camino, vivía la señora Sutherland. Ninguno de los catorce niños que a diario pasaban por el camino de Embro olvidará jamás la bondad de aquella mujer. El esposo de ésta, el sargento Guillermo, como lo llamaban, tocaba el arpa y la gaita y solía ir y venir tocándola de su casa a la estación.



La señorita Nethercott se ganó el cariño de todos. Raras veces tenía que castigar a sus alumnos.

En el verano, el agua fresca de los Sutherland apagaba la sed de los niños; y en el invierno, cuando la nieve era mucha y el frío insoportable, había en la sala de los Sutherland una cálida estufa donde los niños se calentaban las manos y los pies medio congelados. No, ninguno podrá olvidar jamás la bondad de la señora de Sutherland.

El primer maestro de Andrés fue un anciano de apellido Ross. El segundo fue el joven Guillermo Blair. El tercero la señorita Leticia Nethercott, y por último, la señora Winter.

La señorita Nethercott se ganó el cariño de todos. Raras veces tenía que castigar a sus alumnos. Una vez castigó a Ernesto; pero a Andrés, nunca. Durante cinco años fue maestra de Andrés: el día que dejó de serlo éste escribió un poema en honor de ella.

Andrés no era muy buen estudiante. Quizás era que la mayor parte del tiempo lo pasaba enfermo. En ocasiones llegó a estar hasta varios meses sin ir a la escuela. De aquí que no abandonara la escuela pública hasta los dieciséis años de edad. Su ortografía, su gramática y su aritmética dejaban mucho que desear.

No se perdía ni una sola oportunidad de participar en juegos. El favorito de la mayoría era el beisbol, pero también se jugaba a la guerra, juego que ellos mismos inventaron. Para éste fabricaron arcos y flechas de puntas improvisadas con clavos pequeños. Se dividían en dos grupos, uno capitaneado por Andrés y otro por Os-

borne McKenzie, quien habría de morir en la primera guerra mundial; luego se alineaban y se cruzaban flechazos. Cada uno debía parar el flechazo con el escudo que portaba; mas un día Osborne falló y la flecha que Andrés le había disparado se le clavó en el pie.

A menudo iban a la vieja poceta de la finca de los Aguila a aprender a nadar y a pasar horas felices. Allí, además, pescaban con un cordel atado a la punta de una caña de bambú. La pesca no era abundante, pero la disfrutaban.

Florencia Sharp era una de las amigas de Andrés. Muchas veces, cuando llovía, la madre la llevaba a la escuela en coche, y Andrés las acompañaba. La madre de Florencia era bondadosa.

Emilia Chapin, la de las trenzas largas, era otra buena amiga. Arturo Waring era quizás su mejor compañero, aunque Andrés pasaba también días felices con Andrés Cody y Jorge German.

—Chivo, ven acá.

Andrés se acercó a un grupo sentado en círculo en el suelo. Era la hora del recreo.

—Andrés —dijo Osborne una vez que éste se hubo sentado—, ¿conoces a Federico Pain?

—¿El de Embro?

—El mismo. ¿Te has metido alguna vez con él?

—¿Que si me he metido con él? ¿Qué quieres decir? Yo casi ni lo conozco —contestó Andrés.

Por un momento nadie dijo nada. Estaban se-

rios.

—Chivo —dijo Andrés Cody mientras se echaba tierra entre los dedos de sus pies descalzos—, Federico te anda buscando.

—Sí —exclamó Emilia—, y anda diciendo que te va a dar una paliza, Chivo.

—Dice que tú lo retaste la última vez que se vieron —explicó Florencia.

—Tú ibas en el tren delante de él. El estaba en el asiento de atrás y dijiste algo que no le gustó —añadió Arturo.

—Ah, sí, me acuerdo. Pero estábamos riendo y bromeando, y nos retamos, pero en juego. El no puede haberlo tomado en serio.

—Pues parece que sí —respondió el otro Andrés—. Dijo que te iba a entrar a golpes cuando te viera.

En aquel momento la campana tañó y corrieron a formar fila frente a la señorita Nethercott para entrar al aula. Andrés se olvidó de la conversación y se concentró en los libros.

Aquella misma tarde él y Carlos Parsons salieron juntos de la escuela, de regreso al hogar. En el camino, Andrés dijo algo que contrarió a Carlos. Carlos no respondió, pero le fue arriba a Andrés —que era más pequeño que él— blandiendo la maletita del almuerzo, y le pegó con todas sus fuerzas en la mejilla. Andrés chilló de dolor, y se apartó con las manos en la cara y los ojos llenos de lágrimas. Carlos, asustado por lo que había hecho, salió corriendo.

Pasaron dos semanas. Andrés, Arturo, Ernesto, Osborne, Florencia y dos o tres más, de regreso de la escuela, se detuvieron a coger ranas en la charca de los Murray. Las aguas estaban más profundas que de costumbre.

De pronto Osborne, dando un grito, cayó al agua. Había ido demasiado lejos tras las ranas.

—¡Auxilio! —gritó Andrés, quien ya se había metido al agua con ropa y todo.

Osborne, demasiado asustado para recuperarse, se estaba dejando llevar por la corriente. Ya había tragado agua y tosía y manoteaba con desesperación cuando Andrés lo alcanzó.

—Se . . . se . . . se me cayó la rana —dijo Osborne tan pronto pudo hablar. Cógela, anda.

—Olvídate ahora de la rana —le gritó Arturo—. ¿No vez lo que te hubiera pasado si Chivo no se tira a sacarte?

—Sí, ¿pero por qué no saca la rana también?

Mas en eso alguien gritó:

—¡Miren!

—¿Quiénes son? —preguntó Ernesto.

—¡Uno es Federico! —exclamó Arturo—. El de la cara de malo.

—¡Cuidado, Andrés, que dice que te va a dar una paliza!

Andrés palideció. Federico era pequeño, mucho más pequeño que él, pero fuerte, duro, cruel y malo. Andrés no sabía luchar. Era demasiado flojo. Lo unico que podía hacer era pararse a temblar mientras el enemigo se le acercaba.

—Ahora, Andrés McGinnis —gruñó Federico—, vamos a arreglar cuentas viejas.

Andrés retrocedió, al tiempo que sus compañeros se agrupaban en el camino dejándolo solo. Los amigotes de Federico, agrupados aparte, observaban.

—Te voy a dar una lección. La próxima vez no me hables como lo hiciste en el tren —añadió Federico avanzando lentamente.

Andrés retrocedió aún más y se metió en la zanja lateral del camino buscando en vano una vía de escape, mientras Federico avanzaba lentamente hacia él.

—Te voy a enseñar a darme bromas sólo cuando estés a buena distancia —continuó Federico—. Te lo voy a enseñar, Andrés McGinnis.

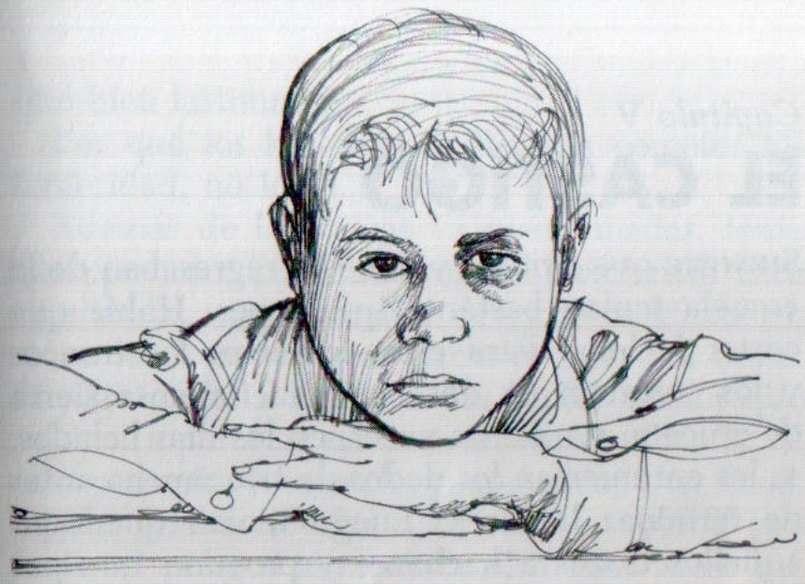
Andrés miraba suplicante a sus amigos, pero ninguno se ofrecía a ayudarlo.

—Le voy a decir a todo el mundo en Embro que te di una paliza en condición, cobarde.

Andrés se cubrió el rostro con las manos, pero no los ojos. No quería perder de vista al enemigo.

De pronto, escuchó dos sonidos que se le antojaron semejantes al disparo de un arma de fuego. Instantes después, yacía de espaldas cubriéndose el ojo izquierdo, mientras Federico reía entre los gritos de júbilo de sus compañeros.

Sé que cuando se está escribiendo un cuento, el héroe ha de ser siempre el ganador. Debía decir, por ejemplo, que Andrés se levantó como un rayo a devolver el golpe y que no sólo se defendió, sino que le hizo morder el polvo de la derrota. Pero no puedo decir eso porque tengo que ajustarme a los hechos. Andrés no actuó



como un héroe. No peleó, ni hizo nada. El ojo amoratado se le hinchaba rápidamente. Ya casi no podía ver y gritaba de dolor.

Federico y su pandilla de rufianes se alejaban cantando jubilosos la victoria. Andrés se unió a sus amigos, quienes lo rodearon llenos de compasión.

—Andrés —dijo Florencia—, ¿por qué el ojo se te ha puesto negro y azul y no lo puedes abrir?

Andrés corrió a casa. Su madre hizo lo que pudo por aliviarle el dolor. Su padre escribió una carta a alguien en Embro, pero no obtuvo ningún resultado.

El ojo amoratado de Andrés tardó en sanar, pero más tardó en cicatrizar la herida de su corazón. Nunca habría de olvidar aquel día en que le salvó la vida a Osborne, perdió una rana y le amorataron un ojo.

Capítulo V

EL CASTIGO

SIEMPRE QUE Andrés y Ernesto regresaban de la escuela tenían bastante que hacer. Había que cortar la leña. Para esto, tomaban los troncos y los cortaban en dos con una inmensa sierra de cruceta; y muchas veces, en los días helados, se les entumecían los dedos de frío mucho antes de terminar la tarea. Luego tenían que rajar aquellos trozos a hachazos y procurar que por las noches el cajón de la madera de la cocina estuviese lleno.

Además, había siempre cenizas que sacar y carbón que traer. Esto sin contar que tenían que estar barriendo a cada rato el salón de espera de la estación y el inmenso almacén.

En el verano cortaban el césped y desyerbaban el jardín. A menudo iban a la finca de Nicolás a buscar leche o a casa de los Dundas a buscar huevos. Y había vacas que encerrar y ganado que pesar.

Jamás habría de olvidar Andrés el día que montó un toro. El animal estaba sobre la romana dentro del corral. Andrés se deslizó desde la cerca sobre el lomo del toro; la puerta se abrió y el animal salió trotando. Andrés esperaba que lo lanzase sobre los cuernos de un momento a otro, pero salió despedido hacia un lado y cayó bajo el animal. El toro continuó brincando enloquecido, pero el muchacho pudo escapar, aun-

que bien lastimado.

Por qué los hombres lo dejaron cometer tal temeridad, no lo sé.

Además de las tareas ya mencionadas, tenía que encender los semáforos del ferrocarril. Esto significaba una caminata de casi un kilómetro sobre las líneas férreas hacia el este y el oeste. Si algo andaba mal con las luces, tenían que subir a repararlas en una escalera colocada en una pequeña y estrecha plataforma; y si hacía mucho frío o nevaba o el viento soplaba con furia, el peligro aumentaba. Muchas veces me preguntaba yo cómo los padres de aquellos niños les dejaban correr tales peligros. Mas sé que la madre siempre esperaba con ansiedad el retorno de los niños, especialmente si el tren pasaba mientras ellos estaban allá.

Pero también tenían tareas agradables, que ellos mismos se habían asignado.

En una de sus visitas a Odessa, sus abuelos les regalaron un par de palomas. Con qué alegría les prepararon un palomar sobre el establo de las vacas. Las palomas anidaron y cuando tuvieron pichones, estos eran tan mansos que los niños podían acariciarlos sin que huyeran.

Llegaron a tener también un par de conejos, y pasaban horas alegres construyéndoles casas y jugando con ellos. Uno de los conejos tenía pelos largos; el otro, cortos.

Cierta mañana que los muchachos salieron después de un fuerte aguacero, hallaron los conejos parados sobre las patas traseras en medio

Con el dinero que ahorraron se compraron una vaca de la raza jersey—o por lo menos una que tenía de jersey.

de un charco de dos pies de profundidad. ¡Qué alegría les dio que los rescataran! Los conejos se multiplicaron hasta llegar a ser unos 200 y cavaron madrigueras bajo la estación.

A menudo los niños encontraban por la mañana algún conejo muerto sobre los rieles. Era entretenido contemplarlos, alimentarlos con lechuga y hojas de trébol, y llegar a las cuevas en busca de crías.

Andrés y Ernesto tenían también ratas blancas. Primero, un par. Luego éstas se multiplicaron e invadieron la carbonera. Por último, traspasaron los límites de la carbonera e invadieron por miles las granjas cercanas, de manera tal que los granjeros se exasperaron y maldijeron el

día en que los hijos de los McGinnis vieron el primer par de ratas blancas.

Un día los muchachos compraron algunos huevos y la señorita Gerrie los puso bajo un par de gallinas. Las gallinas los incubaron y ¡qué emoción cuando pudieron llevar a la casa varios sedosos pollitos! Poco después tenían ya huevos suficientes para comer y vender (¡y se los pagaban a diez centavos la docena), y pollos para matar, cocinar y comer.

Con el dinero que ahorraron se compraron una vaca de la raza *jersey* —o por lo menos una que tenía de *jersey*—. Les costó 35 dólares. La madre tendría desde entonces leche, crema y mantequilla. Los dos muchachos aprendieron a orde-

ñar la vaca y a limpiar el establo. ¡Cuánto les gustaba la vaca! La leche la vendían a cinco centavos el cuarto de galón con servicio a domicilio.

Tuvieron también cerdos, cerdos gordos y perezosos que gustaban de rascarse el lomo.

Un día descargaron en la estación un vagón repleto de potros y los vendieron en subasta a los granjeros. Uno de los potros estaba enfermo y lo iban a dejar morir.

Inmediatamente Andrés se antojó del potro, a pesar de que éste no estaba domado. Había ahorrado tres dólares. Luego de haber vendido los demás, el propietario miraba con tristeza el animal enfermo. Andrés se le quedó mirando.

—¿Me vendería usted este potro enfermo? —preguntó temblando.

El dueño aguzó el oído, pues hacía rato que trataba de idear la manera de deshacerse del animal enfermo.

—¿Cuánto me das por él?

—Tres dólares —dijo Andrés.

—Pues es tuyo.

Andrés pagó y el hombre se alejó.

Cómo se las arregló Andrés para llevarse a casa el caballo, no lo sé. Cómo se libró de los cascos y dientes del animal, no sé decirlo. Pero lo hizo. Y para sorpresa de todos el caballo sanó, y Andrés se lo vendió entonces a un granjero por cuarenta dólares. ¡Qué negociazo!

No diré nada de las ardillas, las culebras y las marmotas, porque me llevaría mucho tiempo.

Pero les aseguro que los muchachos nunca estaban sin hacer nada. Siempre había algo que hacer.

Un día Andrés se pasó la tarde con Arturo Nichols en la granja de éste. Debía haber estado de regreso a tiempo para encender los semáforos, pero llegó tarde, demasiado tarde.

Al regreso, su padre lo estaba esperando ¡correa en mano! Eso le bastó para saber que McGinnis estaba enojado.

Sin decir palabra lo tomó por el cuello y lo sujetó con firmeza. Luego, en el patio detrás de la estación, bajo el arce, comenzaron los azotes. Andrés forcejeaba y se retorcía y gritaba.

—¡No, papá! ¡Basta! ¡Me duele, papá!

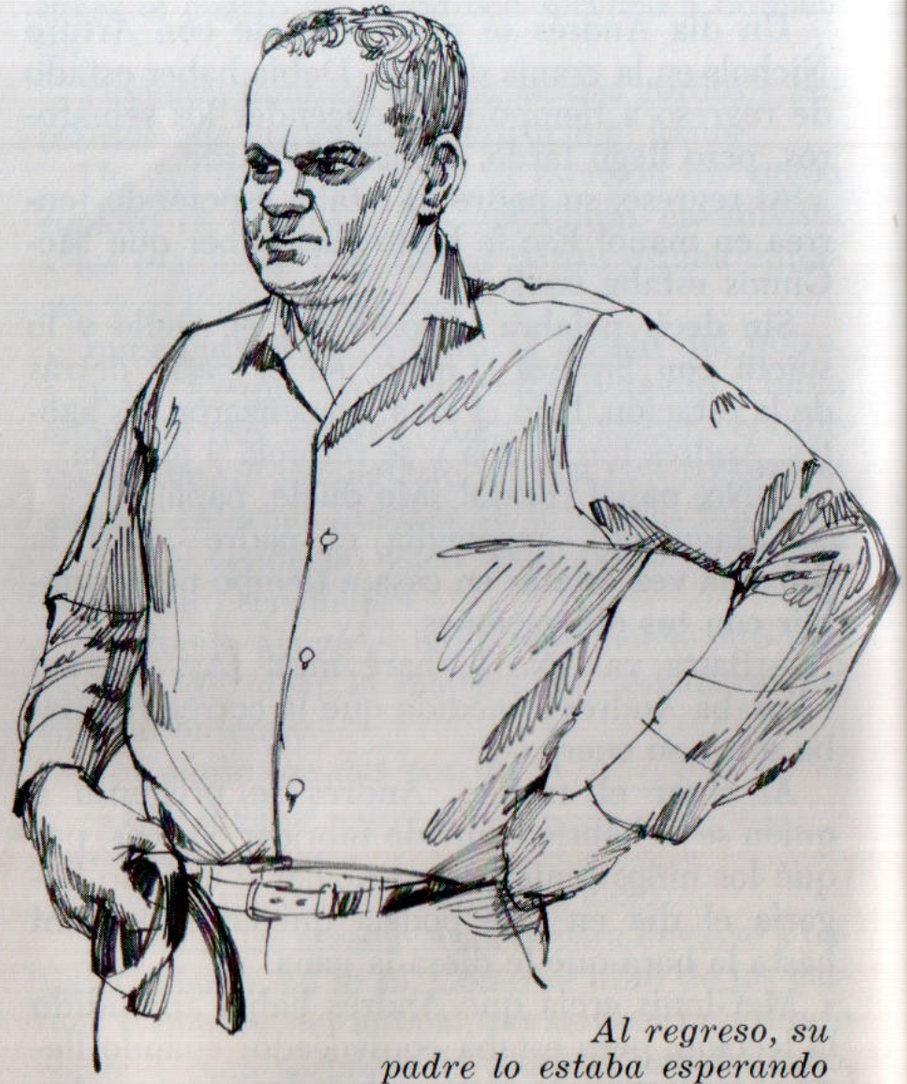
—Magnífico —respondía el padre—. Así la próxima vez estarás en casa a tiempo para cumplir con tus obligaciones.

—¡Basta ya! ¡No lo haré más! ¡Ay, ay, ay! —lloraba Andrés a medida que la correa resonaba sobre su cuerpo.

Al cesar el castigo, Andrés se preguntó a quién se le habría ocurrido fabricar correas, por qué los niños tenían que trabajar y cuándo llegaría el día en que podría quedarse por ahí hasta la hora que le diera la gana.

McGinnis creía que Andrés había aprendido la lección, pero estaba equivocado: cuando llegó el invierno y la nieve cubrió los campos, Andrés volvió a meterse en problemas.

Su padre tenía un perro alemán negro y cojo. Había pertenecido a un policía de Woodstock.



Al regreso, su padre lo estaba esperando ¡correa en mano!

El policía lo había golpeado tan fuertemente con una cachiporra que le había roto la pierna, la cual había sanado por sí sola. Un día se apareció en el paradero de Embro y decidió quedarse allí.

Una mañana Andrés unció el alemán a un pequeño trineo, pero el perro no estaba acostumbrado a eso. A pesar de todo, sentó a Acela, su hermana, en el trineo y soltó el perro. Este, enloquecido, corrió desbocado sobre la nieve, mientras Acela luchaba desesperadamente por no caer. Los gritos de la niña atrajeron a los de la casa, pero el perro no les prestaba atención. Sobre la nieve corría veloz con Acela en el trineo y Andrés detrás tratando de alcanzarlo. De pronto, el trineo chocó con algo sólido y uno de los deslizadores se partió en dos. Acela rodó por la nieve y el perro se alejó arrastrando el trineo roto, hasta que al fin Andrés logró recobrarlo.

Al regresar con la madera del deslizador en la mano, su padre se lo quitó y lo mandó al salón de espera.

–Samuel –le rogó la esposa–, no seas muy severo.

Pero McGinnis había perdido completamente la paciencia y nada podía refrenarlo.

Andrés nunca olvidaría aquella paliza. Pero lejos estaba de culpar a su padre: él sabía que se la merecía. Es más, se alegraba de que no lo dejara sin castigo. Sin embargo, hubiera preferido que como instrumento de castigo usara una correa en vez de un deslizador de trineo.

Capítulo VI

ACELA

ANDRÉS TENÍA ya catorce años, casi quince. Todavía asistía a la escuela pública aunque, para ser exactos, la mayor parte del tiempo lo pasaba en la casa.

Un día en la clase, parado frente al pizarrón (ya llevaba allí parado más tiempo del acostumbrado), todo se le oscureció de repente y un instante después la parte trasera de su cabeza entraba en violento contacto con el piso. Andrés se había desmayado.

Varios muchachos lo llevaron atrás, y, creyendo que estaba consciente, lo colocaron en un banco, con la cabeza sobre los brazos. Qué tiempo estuvo allí, no lo sé, pero al fin, gradualmente, fue recobrando el sentido. Al principio no recordaba dónde estaba ni qué había pasado.

Cuando el autobús pasó, lo mandaron para la casa. Se sentía débil, así que tuvo que acostarse. A su debido tiempo se recobró, pero pasaron meses antes que pudiese volver a la escuela y aún entonces, ocasionalmente.

Acela, la hermana mayor, era la que más se preocupaba por el bienestar de Andrés. Le gustaba a ella jugar a lo brusco con sus hermanos, y en la escuela su compañera de juego lo era una muchacha llamada Caty, Catalina German.

Andrés no era bondadoso con su hermana. La golpeaba, la empujaba y le decía apodos hasta

Acela, la hermana mayor, era la que más se preocupaba por el bienestar de Andrés.

amargarle la vida. Muchos fueron los días que la hizo llorar. El tenía mal carácter y a veces parecía tener hasta malos sentimientos.

Un día Acela cayó enferma y llamaron al doctor Green, médico de la familia. El doctor Green vivía en Embro. Después de examinar a Acela con cuidado, dijo que estaba enferma del corazón y que necesitaba reposo. Acela, pues, tuvo que reposar en cama.

Por supuesto, no podía correr ni jugar con sus hermanos como antes. Antes caminaba con ellos los dos kilómetros y medio hasta la Esquina de los Cody para asistir a la escuela; ahora tenían que ir solos.

Sus hermanos comenzaron a echarle menos. Por primera vez en la vida sintió Andrés un doloroso vacío en el corazón. Algo se había ido de pronto de su vida. Ya no podía imponerse por la fuerza a su hermana. Acela estaba enferma y Andrés, silencioso, entraba y salía a hurtadillas del cuarto de ésta.

Después de semanas de descanso y quietud, Acela mejoró tanto que se le permitió estar sentada y, finalmente, dejar la cama. Un día bajó las escaleras. Por fin estaba lo suficientemente fuerte como para caminar otra vez. Un día Andrés, Ernesto y Alina se pusieron a dar sobre el césped las vueltas y revueltas de un nuevo juego. Era una deliciosa tarde de verano. Acela quiso unirse a ellos en el juego y así lo hizo.

Me parece verla aún, porque yo también es-

taba allí aquella tarde. Acela se unió al grupo y comenzó a dar vueltas con ellos. Pero, la pobre, se cansó tanto que casi no podía respirar. Pero qué alegría, a pesar de todo, verla caminando otra vez. ¡Qué feliz se sentía ella de poder estar con sus hermanos una vez más!

¡Niña querida! Andrés ya no le pegaba. Ya no la hería de palabras. Su corazón estaba lleno de ternura, de una ternura inmensa; cada vez que la miraba se apoderaba de él un espíritu de dulzura que nunca antes había conocido. Los pasos de ella eran lentos, penosamente lentos; y estaba cansada, demasiado cansada.

Acela tuvo que sentarse. ¿Era aquél su último juego? ¿Volvería a unirse a sus hermanos y hermanas en sus retozos?

Una semana más tarde cayó en cama otra vez, y otra vez el doctor acudió a la cabecera de su cama. Allí reposaba ella, pálida y débil, con sus grandes ojos azules clavados en los del médico. Por largo tiempo el doctor permaneció allí sentado. Al otro lado de la cama, con lágrimas en los ojos, la madre sostenía las débiles y casi transparentes manos de la niña. El padre estaba parado al pie de la cama.

—Creo —dijo— que será mejor que llamemos a un especialista del corazón. Hay uno en Woodstock. Me gustaría llamarlo para preguntarle algunas cosas.

Los esposos McGinnis consintieron y el doctor Green regresó a Embro.

Mientras tanto, Andrés y Ernesto habían es-

tado hablando en voz baja en el primer piso. Algo extraño, misterioso, desconocido, se había cruzado en su camino. La muerte misma aleteaba a la puerta de la casa. Calladas eran las voces de ellos al hablar. Sus corazones lloraban de tristeza al vagar cerca de la puerta del dormitorio de Acela. Veían los rostros de sus padres bañados de tristeza, y lloraban cuando los veían sollozando.

¡Pobre Acelita! ¡Qué cara había llegado a ser para ellos! ¡Cuánto la amaban! Si tan sólo se hubiese puesto mejor una vez más. Pero había perdido el apetito y sólo dormía. Era tanta su paz al dormir que a veces se tenía la impresión de que ángeles le guardaban el sueño.

La madre trataba de hacerla comer, pero sin éxito.

—Acela —le dijo Andrés parándosele al lado—, te doy estos cinco centavos si coges un bocado.

—Voy a ver si puedo —contestó dulcemente. Una sonrisa le iluminaba el adorable rostro. Pero a pesar de la tentadora oferta, no pudo tragarse el bocado.

A los pocos días volvió el médico de la familia y con él el gran especialista. La examinaron cuidadosamente por largo rato.

—Señora —dijo el especialista al salir de la habitación—, puede ser que su niñita mejore, pero no puedo garantizarlo.

La madre de Acela sintió que se desmayaba al escuchar el veredicto. El doctor dio un paso y la sostuvo. Cuando se sintió mejor entró de

Era tanta su paz al dormir que a veces se tenía la impresión de que ángeles le guardaban el sueño.

nuevo al cuarto. Acela la recibió con ojos deslumbrantes.

—¿Oíste lo que dijo el médico, mamá? Dice que me voy a poner bien.

—Dice que estás muy enferma, querida —contestó la madre con sollozos en la voz.

Acela le dijo entonces, mientras se abrazaba fuertemente a su cuello, que no quería morir todavía; pero luego se fue calmando porque estaba cansada.

Andrés vio a su madre bajar las escaleras. Lloraba.

—¡Mamá! ¿Qué pasa? —gritó, mientras el joven corazón le latía tan fuerte que casi lo podía oír.

—Dijo el médico que puede ser que mejore, pero puede que no —sollozó la madre—. ¡Acela, Acela!

¡Qué momento tan doloroso! ¡Qué indefensos se sentían padres e hijos!

"Puede que su niña mejore, pero no puedo garantizarlo". Ese era el veredicto. No había nadie a quien acudir. Sólo Dios podría ayudarlos y ellos muy bien lo sabían.

—Acela —preguntó Andrés unos días después, sentado al borde de la cama de la niña—, ¿me perdonas?

Ya casi no hablaba; cada día estaba más débil. Se había hecho lo que se podía hacer. Amorosas eran las manos que la cuidaban. Gentiles y tiernas las palabras que se le decían. El corazón de Andrés estaba adolorido. Sin cesar recordaba la poca bondad con que había tratado a su

hermana, y suspiraba por hallar remedio contra aquel remordimiento. Al fin se decidió a hablarle. Los delgados y blancos brazos de la enferma reposaban sin fuerzas sobre la cama.

—Acela —volvió a decir tomándole las manos y sosteniéndolas entre las suyas—, ¿me perdonas las veces que fui cruel contigo?

Una sonrisa que parecía enviada desde otro mundo fue la respuesta de ella mientras apretaba las manos de Andrés.

—Claro —dijo.

Eso fue todo. Pero fue suficiente para que él se sintiese más unido a ella que nunca y para que su joven corazón se sintiese lleno del más tierno amor.

Un día, al atardecer, la señora de McGinnis entró al cuarto de Acela. Esta se había debilitado aún más y ya era evidente que el fin estaba cerca. Tenía la mirada clavada en la pared, o al menos parecía tenerla. Los ojos le brillaban, radiante el rostro.

—¿Ves aquellas tres personas, mamá? —preguntó—. Uno es un ángel bellísimo vestido de blanco que me está diciendo: "Acela, he venido a llevarte a un lugar más fresco". ¿Las ves mamá?

No, la madre no las podía ver porque sus ojos estaban velados. Pero Acela sí. ¿Quién puede negar que aquéllos eran mensajeros de Dios enviados para confortar a Acela y llevarla al cielo? Era el mes de julio, y Acela había estado sufriendo mucho con el calor.

Pocos días después, estando Andrés en la granja, llegó inesperadamente Ernesto a buscarlo. Con qué fuerza le latió el corazón al pasar corriendo bajo el nogal, con la ansiedad de llegar a tiempo. Tan grande era la agonía que casi no podía mantenerse erguido.

Acela, sin embargo, se recobró un poco y vivió unos días más. Pero una tarde —creo que era domingo por la tarde— la familia se reunió alrededor del lecho con la certeza de que no pasaría aquel día. Había una locomotora en el patio botando vapor y tuvieron que enviar a Andrés a ver si acallaba el ruido.

—Mi hermanita se está muriendo —le dijo al maquinista—. Por favor, pare ese ruido.

Y el maquinista lo paró.

Mientras tanto, Acela se movía de un lado al otro de la cama.

—¡Mamá, qué malo es esto! —dijo al aproximarse el fin.

Antes de perder el sentido habló otra vez y todo el mundo se inclinó para oírle.

—Estoy tan cansada, tan cansada. Quisiera descansar.

Se creyó que ya se había ido, pero no. Momentos después juntó sus manitas como dirigiéndose al cielo.

—Jesús bendito, llévame ahora.

Descansó un momento, como si esperase la llegada del ángel y la llamada final. Entonces con voz clara gritó:

—¡Adiós, mamá!

Fueron sus últimas palabras. Luego quedó inconsciente, revolviéndose violentamente de un lado al otro.

Es imposible describir el dolor, la angustia y la pena que sintieron, la pequeña caja colocada en el salón de espera, la llegada de los vecinos para los funerales.

El doctor Patterson, pastor de Embro, condujo el servicio, y Nancy McKenzie cantó el himno de consuelo de Fanny Crosby, *Salvo en los brazos de Jesús.*

Después del himno, los vecinos desfilaron para verla por última vez.

—Yo la quería mucho —dijo Caty, al contemplar el plácido rostro de Acela—. Era mi mejor amiga.

—Parece un ángel —remarcó Florencia al inclinarse sobre la caja—. ¡No puedo creer que esté muerta!

—Ella está libre ya de problemas —dijo la señora de Sutherland—. ¡Cuánto me gustaba verla entrar a mi casa! Pero está mejor ahora.

—Es demasiado bella para que la metan bajo tierra —dijo el viejo sargento Sutherland.

Aquélla era, a la verdad, una triste despedida. Algunos se preguntaban por qué había muerto siendo tan niña —tenía sólo diez años y diez meses. Otros hablaban de lo hacendosa que había sido. "Podía cocinar tan bien como la madre", decían. Y al hablar de ella el cielo parecía acercarse y las lágrimas brotaban con facilidad de los ojos de todos, lágrimas de las

cuales nadie parecía avergonzarse.

A medida que el lento cortejo fúnebre avanzaba hacia el pueblo, los hombres con quienes se cruzaban se quitaban el sombrero hasta que éste hubiese pasado. Era el mismo familiar camino que Acela tantas veces había andado para ir a la escuela. Pasaron frente a la casa escuela, donde, antes de caer enferma, había estudiado y jugado. Nunca más sus pies recorrerían el bien conocido sendero. Nunca más volvería a jugar con los niños.

Cruzaron Embro, donde muchas miradas tristes siguieron a Acela en su viaje a la última morada. Kilómetro y medio al norte del pueblo estaba el cementerio de la región. Allí la dejaron.

Todo había terminado. El círculo familiar se había roto. ¡Querida y adorable hermanita! ¿Dónde estaba ahora? ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué se harían ellos sin ella? ¡Qué desolación!

En el viaje de regreso, Andrés venía recordando el servicio fúnebre y las palabras que le habían tocado el corazón: *Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas son pasadas. Y no habrá más maldición; sino que el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán. Y verán su cara; y su nombre estará en sus frentes. Y allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de lumbre de antorcha, ni de lumbre de sol: porque el Señor Dios los alumbrará: y reinarán para siempre jamás.*

Por muchos meses Andrés vio que las lágrimas se escapaban de los ojos de su madre y le rodaban por las mejillas cuando mecía el bebé en los brazos. No pudo olvidarlo jamás. ¡Ni él volvería a ser el mismo de antes! El dolor lo había madurado de la noche a la mañana. Ahora había siempre una silla vacía. A Acela se la habían llevado de su lado.

Años después, andando entre los montañeses de Kentucky, Andrés dedicó un poema a su hermanita que tituló "Acela en el cielo":

Niña querida, te has ido
a un mundo sin noches
dejando atrás una silla vacía
y un vacío inmenso que nadie ha de llenar.
Te apropiaste del día y nos dejaste la noche
y nuestros rostros tristes.
Bella joya en la corona del Maestro,
viviendo estás ahora la vida más hermosa
lejos del fragor de las contiendas,
lejos de los cuidados de la vida,
en la ciudad de Dios, en la patria celestial.

Capítulo VII

AL BORDE DE LA TRAGEDIA

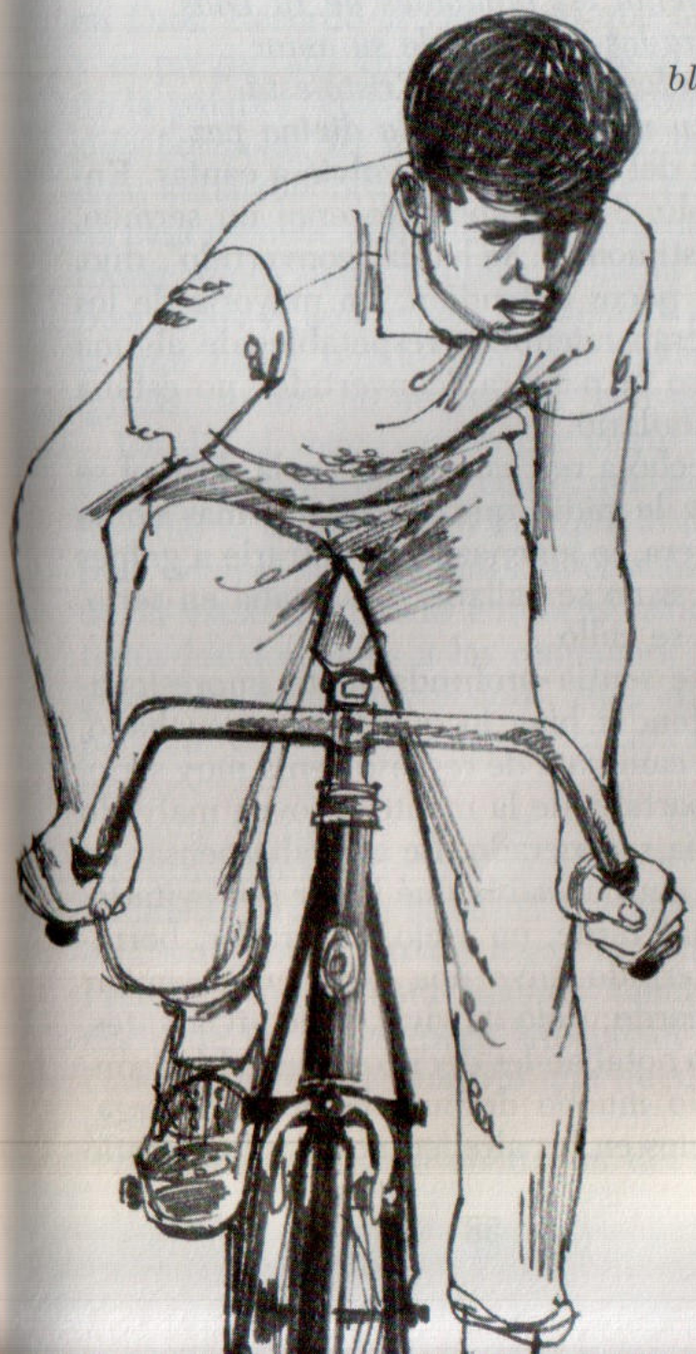
Eduardo Sykes era un sujeto de carácter raro que había llegado a trabajar para uno de los agricultores de la Esquina de los Cody. La primera vez que Andrés lo vio andaba en bicicleta blasfemando y diciendo malas palabras. Eduardo Sykes era terrible.

Pero un día desapareció y no se le vio por meses. Cuando regresó, para sorpresa de todos, regresó como predicador. Se anunció entonces una reunión en la casa escuela y se invitó a la comunidad.

Las lenguas no cesaban de hablar; las mujeres chismeaban; los hombres se reían y se burlaban; sólo unos pocos estaban serios. Pero nadie faltó. El salón estaba lleno de gente movida por la curiosidad. Andrés se sentó en el penúltimo banco. Daniel Parsons estaba detrás.

Eduardo Sykes subió a la plataforma. ¡Qué cambio había dado! Ya no era el harapiento que había conocido; vestía correctamente. Los ojos de cada cual estaban fijos en él. Costaba trabajo creer que aquél fuese el mismo muchacho deslenguado que habían conocido.

Sykes comenzó a cantar, pero tuvo que cantar solo porque nadie parecía conocer la música del himno o, si la conocían, les faltaba coraje



La primera vez que Andrés lo vió andaba en bicicleta blasfemando y diciendo malas palabras.

para ayudarlo. *Cuenta las bondades de tu Dios,* decía el himno. Era la primera vez que Andrés lo oía y se sentía fascinado. Eduardo siguió cantando mientras el auditorio escuchaba:

Cuenta las bondades de tu Dios
Mira las riquezas de su amor
Pon los ojos donde Cristo está
Y tu mente guarde la divina paz.

Después del himno oró y volvió a cantar. Entonces habló. Sus palabras no eran un sermón, sino un "testimonio". Se había "convertido", dijo. Al parecer pocos entendían. La mayoría de los presentes eran miembros respetables de alguna iglesia, pero la palabra "convertido" no estaba en su vocabulario.

Uno se echó a reír en son de burla. Daniel se le acercó y le pidió que se callara; mas como no obedeciera, lo amenazó con entrarle a golpes allí mismo si no se callaba. Y hablaba en serio. El hombre se calló.

Andrés se sentía profundamente impresionado. No entendía bien lo que había escuchado. En la larga caminata de regreso venía muy serio. No se le apartaba de la mente el joven malvado que se había regenerado. Le aterraba pensar en el infierno, pero no sabía qué hacer por evitarlo.

Meses más tarde, un viejo enterrador, borracho empedernido, tuvo una experiencia similar a la de Eduardo: dejó de vivir como vivía antes. A los que lo notaban les decía que se había "convertido". No mucho después comenzó a organizar servicios en los alrededores. Andrés asistió

a varios, algunos hasta a tres kilómetros de distancia.

Caminando una noche de regreso a la casa contempló el cielo colmado de estrellas y pensó en Dios. Recordó al viejo y lo que había dicho y se preguntaba cuál sería el exacto significado de la palabra "convertido". Andrés nunca había sido borracho. Es más, una noche, en una reunión antialcohólica que celebraron en la pequeña casa escuela, había firmado la promesa de no tomar nunca licor; y nunca la había roto. Tampoco tenía él una lengua blasfema y sucia como la que había tenido Eduardo Sykes. Así que quizás, razonó, no necesitaba "convertirse".

Un día el viejo —quien por cierto tenía todavía roja la larga nariz a consecuencia del licor— le pidió al padre de Andrés que lo dejara celebrar siempre sus reuniones en el salón de espera de la estación. Desde entonces, Andrés asistía todos los domingos a las reuniones, ¡y cómo le gustaban! Pero "conversión", ¿qué significaba la palabra "conversión"? No alcanzaba a descifrarlo.

Tenía ya quince años de edad. Un día llegó Osborne McKenzie a visitarlo. Osborne vivía kilómetro y medio al oeste. Por aquel entonces estaban cambiando de lugar la estación, ¡con familia y todo! Esta siempre había estado al norte de los rieles; pero la estaban invirtiendo completamente de manera que quedase situada al lado sur.

Los muchachos se olvidaban del mundo mi-

rando trabajar a los obreros. Se excavaba, se amontonaba la tierra debajo del edificio, hasta que por fin lo levantaron en peso y lo colocaron sobre rodillos. Un cable largo pendiente de una grúa situada al fondo del patio la movía pulgada a pulgada utilizando la fuerza de un caballo que corría en círculos alrededor de la misma. Casi se llevó un mes pasar el edificio al otro lado de los rieles. Mientras tanto, la esposa de McGinnis tenía que cocinar y trabajar como de costumbre. Un día la obra quedó terminada y los McGinnis pasaron a vivir al sur de los rieles. Plantaron luego algunos arces y también céspedes y plantas de jardín. La vida volvió a ser la misma de antes.

Ya he dicho algo acerca de Osborne McKenzie. Osborne era todo un músico, de pelo crespo y rubio. Provenía de un hogar excelente.

—Andrés —dijo Osborne en los días en que movían la estación—, vamos a cazar patos.

—¿Con qué? No tengo rifle.

—Pero yo sí: la escopeta de papá.

—¿La escopeta de tu papá? ¿Dónde la tienes?

—Escondida en la hierba.

—Bueno, vamos. En este tiempo hay montones de patos en la charca. Vamos.

—Déjame coger la escopeta —dijo Osborne—. Espérame en el almacén.

—Y yo voy a buscar comida —dijo a su vez Andrés—. Te espero allí.

Andrés corrió a la despensa, donde sabía que habría de encontrar una caja de golosinas. Se

llenó los bolsillos. Y como le gustaba el azúcar de pastelería, metió las manos en un tarro, tomó cuanto pudo y salió corriendo. Mientras corría se echó el puñado a la boca. Allí mismo empezó a toser y a ahogarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras escupía con desesperación. ¡En vez de azúcar había cogido jabón en polvo! La garganta le ardía. Corrió a la pila y se enjuagó la boca. Luego se comió un dulce.

Osborne lo esperaba, ¡con escopeta y todo! Luego de mucha insistencia, Osborne dejó que la llevara. En el camino, Andrés le contó lo del azúcar, y a Osborne le entró tal ataque de risa que tuvo que detenerse a recobrar el aliento.

Después de una fatigosa marcha de tres horas llegaron a una charca, pero les era imposible ver los patos por causa de la hierba alta. ¿Cómo acercárseles sin que los patos se espantaran?

—Arrastrémonos por la hierba —dijo Andrés—. Ve tú delante.

—Bueno, pero ten el rifle listo.

Osborne se echó a gatear por entre la hierba. Andrés lo imitó. Pulgada a pulgada fueron acercándose a la charca. Andrés mantenía la escopeta delante con un movimiento de atrás a adelante a medida que avanzaba detrás de Osborne.

Habrían avanzado unas cien yardas cuando, cerca ya de la charca, se produjo una detonación. La escopeta se había disparado sola a consecuencia de haberse trabado el gatillo con una ramita seca. Pero en aquel preciso momento el cañón estaba a un lado del cuerpo de Osborne, de

Los patos alzaron el vuelo y, graznando a más no poder, surcaron el aire.

manera que la bala le pasó como a una pulgada.

Los patos alzaron el vuelo y, graznando a más no poder, surcaron el aire. Andres saltó, tomó puntería y disparó.

¡Bang!

Cayeron tres patos. Dos estaban heridos; uno estaba muerto. Los dos jóvenes se lanzaron a la charca a recobrar las piezas, pero uno de los patos heridos escapó. Capturaron el otro y con éste y el muerto salieron del agua, se quitaron la ropa y se secaron al sol.

Fue entonces cuando se dieron cuenta cabal de lo que había pasado y de cuán cerca habían estado de la tragedia. Si la escopeta se hubiera disparado un segundo antes, Osborne estaría muerto y Andrés habría sido acusado de asesi-

nato. Muy seguros estaban de que un poder supremo había desviado el disparo. Juntos doblaron la cabeza y le dieron gracias a Dios. El los había salvado. Pero qué margen de oportunidad tan estrecho.

—¿Qué vas a hacer cuando seas grande? —le preguntó Osborne de camino a la casa.

—No sé. Me gustaría recorrer el mundo entero —contestó Andrés.

—Será por los libros que lees. ¿Qué fue lo último que leíste?

—*La isla de coral.* Cada vez que la leo me entran ganas de ir a las islas de los mares del sur.

—¿Qué estás leyendo ahora?

—*Masterman Ready,* y qué aventuras cuenta —contestó Andrés mientras se cambiaba los patos de un hombro al otro.

—Así que te gustaría viajar.

—Por todo el mundo. Me gusta la aventura. Quisiera ir a todos los países.

—Creo que lo harás —remarcó Osborne—. ¿No has soñado alguna vez con ellos?

—Me quedo despierto por las noches y sueño con ellos a todas horas. Pero ¿cómo voy a viajar? No soy más que un pobre muchacho campesino. ¿Dónde voy a hallar el dinero?

—No lo sé, Andrés, pero te repito que creo que tus sueños se te van a dar.

Y de verdad que los sueños se le dieron, pero esa es otra historia.

—Pero ¿qué vas a hacer cuando seas grande —continuó Osborne—, jefe de estación de ferro-

carril, como tu padre, o granjero? No vas a estar viajando nada más.

—Claro que si pudiera lo haría. Tengo que mejorar mi educación. Quiero ver Rusia y España. Y quisiera ir a Suiza, Suecia, Polonia, Francia e Italia.

—Y a las Islas Británicas —añadió Osborne.

—Sí, y al Africa y a las Islas Salomón y a la India y a las Islas Fidji, donde viven los caníbales.

—Entonces ¿qué vas a ser?

—Bueno, he leído sobre David Livingstone y Roberto Moffat y Alejandro Mckay y quizás . . . *quizás* sea misionero —concluyó Andrés mirando de reojo a su amigo.

—¡Misionero! ¿Qué es eso? —preguntó Osborne.

—Un misionero es un hombre que se convierte y luego se va a países lejanos a predicar a los nativos.

—¿Y cómo se convierte uno?

—No sé, pero uno tiene que convertirse antes de ser misionero.

—¿Se ha convertido alguien por aquí? —preguntó Osborne.

—¡Claro que sí! Eduardo Sykes y el viejo enterrador. Los dos se convirtieron. Ellos podrían ser misioneros y viajar, por lo menos Eduardo Sykes. Me parece que el enterrador es demasiado viejo.

—¿Por qué quisieras ser predicador? —preguntó Osborne.

—No sé, no sé —respondió Andrés—; pero . . . bueno, si no se lo dices a nadie te digo algo.

—¡A nadie!

—¿Seguro?

—Tan seguro como que te llamas Andrés McGinnis.

—Bien, un domingo en la escuela dominical mi maestra, la señorita Featherson, nos dijo: "¡Cualquiera de ustedes puede llegar a ser ministro!" "Yo voy a ser ministro", dije, no en voz alta sino en mi corazón. ¿Sabes? Desde entonces he querido ser predicador.

Osborne se fue quedando muy serio al estudiar el rostro de su amigo.

—Bueno —dijo—, quizás sí. Lo espero.

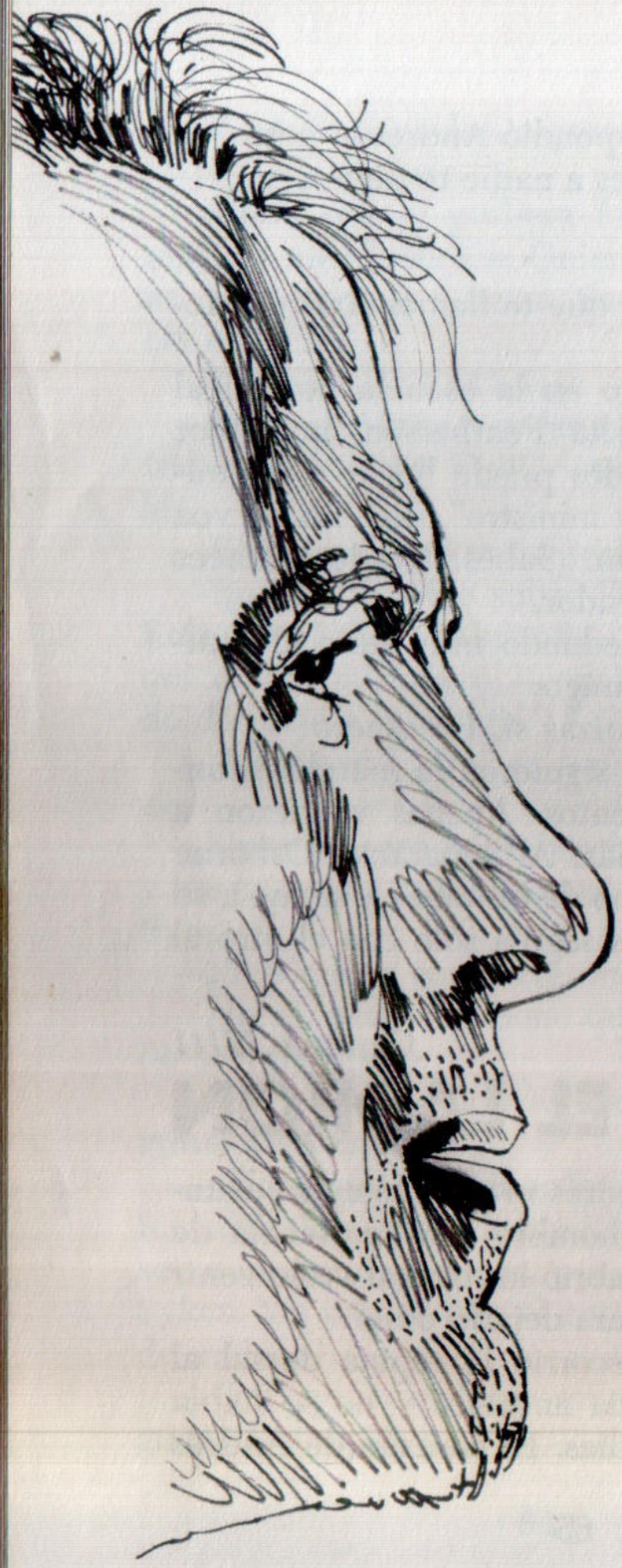
Juntos, en silencio, siguieron la marcha sumidos en sus pensamientos. Apenas volvieron a decir una palabra más. Al separarse, Osborne cogió la escopeta y uno de los patos y se fue a su casa, mientras Andrés seguía sólo con el otro al hombro.

Capítulo VIII

EL LADRON

No HABÍA andado Andrés ni un kilómetro cuando vio acercarse un hombre con apariencia de pordiosero. El chico abrió los ojos al verlo venir y se echó a un lado para dejarlo pasar.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al mirarlo. El tipo vestía andrajos y no se había afeitado en muchos días. El corazón de Andrés



¿Dónde vas, muchacho? La voz era grosera y poco amistosa.

se aceleró.

—¿Dónde vas, muchacho? —la voz era grosera y poco amistosa.

—Para mi casa —tartamudeó Andrés preparándose para huir.

—Un momento, hijo. ¿A qué tanta prisa? Veo que andabas cazando patos.

—Sí —susurró Andrés.

—Bien, hijo, vendrás conmigo ahora —dijo el extraño y tosió.

—Pero tengo que ir para la casa —gritó Andrés echándose a un lado.

—¡De eso nada, mi niño! —exclamó el extraño, a la vez que se le echaba encima y lo agarraba por un brazo—. De eso nada. Vendrás conmigo y si tratas de escapar te golpearé hasta que pierdas el sentido.

Andrés sintió tanto miedo que no se atrevió ni a moverse, y se dejó conducir por el brazo. Casi enseguida dejaron el camino para lanzarse a campo traviesa. Andrés notó que se encaminaban al establo viejo cercano al nogal que tan bien conocía. Tembloroso y asustado, avanzó. No hablaron ni una sola palabra.

Cuando llegaron al establo, el hombre tomó el pato que Andrés cargaba y se dispuso a cocinarlo. Andrés lo contemplaba en silencio. Pronto estuvo listo. Entonces, luego de ordenar a Andrés que recogiera leña y paja, el extraño improvisó una estufa de piedras. Andrés, temeroso de desobedecer, recogió leña y amontonó paja.

Con una sartén improvisada, el extraño frio

postas de pato, y empezó a comer con un entusiasmo que le hizo recordar a Andrés que ya hacía tiempo que no probaba bocado. Le ofreció a Andrés una posta, la cual éste tomó y devoró, porque tenía hambre también.

De pronto Andrés se detuvo y miró con curiosidad los dedos de aquel hombre. ¿Lo estarían engañando sus ojos? ¿Estaba viendo bien? Miró otra vez. Sí, allí estaba aquéllo: ¡el anillo perdido de su padre en uno de los dedos de la mano izquierda de aquel tipo! ¡Andrés estaba frente a frente al hombre que había robado en la estación! No pudo comer más, pero para disimular su emoción hizo como si estuviese saboreando la posta de pato mientras se volvía para contemplar el fuego.

Pero se preguntaba qué intentaría hacer el ladrón con él. ¿Lo dejaría en libertad luego de satisfacerse el estómago o lo mataría? Sabía que los parientes suyos estarían preocupados por su suerte y que a aquellas horas lo estarían buscando ya, pues ya había anochecido.

—Ahora, hijo —dijo él sin imaginarse siquiera que ya lo habían reconocido—, a dormir.

—Pero, señor, ¿no me va a dejar ir para la casa? Mis padres deben estar preocupados.

—¿Dónde vives? —preguntó el ladrón y volvió a toser.

Hacía rato que Andrés esperaba aquella pregunta y ya estaba preparado. No podía decirle al ladrón que vivía en la estación.

—Un poco más allá, no muy lejos —respondió

sin señalar ninguna dirección en particular.

—Bien, hijo, pasarás la noche conmigo y mañana veremos.

Andrés comprendió que era inútil discutir; así que siguió al ladrón dentro del establo. Allí éste lo amarró cuidadosamente de pies y manos, y luego se ató el extremo de la soga a una de sus manos. Se acostaron, pues, sobre un montón de heno y se dispusieron a dormir.

Pero le costó trabajo dormirse. Extaños pensamientos le pasaban por la mente mientras escuchaba la respiración del ladrón, que a menudo se sentaba y tosía con violencia. En una ocasión se le ocurrió escapar, pero le espantaban las consecuencias si el extraño descubría los planes . . . y esto era lo más probable ya que estaba atado a la mano del ladrón, a menos de tres pies de distancia de él. Pensó en el mendigo que había pasado la noche en aquel mismo lugar unos años atrás. Recordaba la noche en que él y Arturo Nichols se habían metido debajo del piso y el susto que se habían llevado. ¡Qué coincidencia!

Pensó en su hogar y trató de imaginarse la ansiedad de sus padres. Lo menos que se imaginaban era que estaba tan cerca. Por fin se quedó dormido. Cuando volvió a abrir los ojos ya el día había despuntado. El ladrón estaba levantado atizando el fuego. Por varios minutos Andrés lo contempló con profundo interés.

—Bien, hijo —dijo el ladrón—. Veo que ya te despertaste.

Se le acercó, le desató las sogas que lo ataban y lo dejó suelto.

Andrés se puso de pie. Se sentía todo acalambrado y adolorido, pero se dio masaje en las manos y los pies y se sintió mejor. El ladrón lo envió a lavarse a un pozo cercano y aguardó a que terminase. Entonces frieron el resto del pato y desayunaron.

Andrés no cesaba de pensar en cómo escapar. Conocía bien los alrededores, pero estaba tan asustado que apenas podía pensar. "¿Qué estará pensando hacer conmigo?", se preguntaba. No tardó en saberlo.

—Ahora, hijo —le dijo al terminar—, ¿ves aquella granja?

Estaba señalando la casa de Arturo Nichols.

—Sí.

—Bien, ahora oye lo que te voy a decir. Quiero que vayas y me compres algunos huevos frescos, un poco de leche, y un pan. Si tienen tocineta y queso, cómprame un poco. Un hombre no puede vivir de patos toda la vida.

Andrés lo escuchaba atentamente, sin dejarle ver lo bien que conocía a los Nichols, pues a la vez veía en aquello la oportunidad de escapar.

—Aquí tienes setenta y cinco centavos —siguió el ladrón mientras le extendía tres monedas de veinticinco centavos.— Creo que será suficiente.

Andrés tomó el dinero quizás demasiado a la carrera y se dispuso a correr.

—Un momento —dijo el ladrón—. No tan rápido, mi niño. ¿Cómo sé yo que vas a regresar?

Andrés sabía que no pensaba regresar, y por eso se quedó callado.

—Mira, hijo —continuó el ladrón—, ¿ves esto? —era un revólver—. Si no vienes en una hora, te voy a andar buscando por ahí y donde quiera que te encuentre te vuelo los sesos. ¿Oíste?

—Y es más —añadió su atormentador—, si no te agarro a ti agarraré a tu papá. Así que procura estar aquí en una hora.

—¿Qué les digo? —preguntó Andrés.

—Diles que es para tu mamá, y no se te ocurra decir que me has visto, porque si no date por muerto. Mira que te hablo en serio. ¿Entiendes?

Andrés dijo que creía entender y, encañonado hasta el último momento, salió hacia la granja de los Nichols. Ni una sola vez miró atrás. Cuando estuvo lejos, echó a correr y llegó todo sofocado a la granja, donde halló a Arturo y al padre de éste junto a las botijas de leche.

Minutos más tarde terminaba de contarles su historia, pues se había decidido a correr el riesgo. Nichols inmediatamente decidió dar un rodeo por entre el bosque para ir a informar al padre de Andrés de lo que pasaba. Arturo estaba emocionado. Antes de salir, Nichols puso leche, pan, tocineta, huevos y un queso en la bolsa de Andrés. Y le llenó los bolsillos de pedacitos de papel azul.

—Mira —dijo—, esconde estos pedacitos de papel en tus bolsillos, y si se va de allí y te lleva, ve soltando papelitos por el camino, para que

podamos seguirles el rastro.

Andrés comprendió y salió poco después. El plazo de una hora estaba al vencerse y no quería llegar tarde. Arturo y el padre de éste lo vieron alejarse.

—¡Qué Dios lo proteja! —exclamó Nichols—. Ojalá que lleguemos a tiempo.

Fue luego a hablar con su esposa y se apresuró a salir.

Avanzando con cautela a lo largo de un zanjón, con Arturo pisándole los talones, llegó hasta la cerca y se escurrió por debajo. Segundos después entraba al crecido maizal. El bosque de los Dundas fue un perfecto aliado. Tuvo que cruzar un estrecho campo abierto antes de llegar a la estación, pero ya estaba fuera del alcance de la vista de los que estaban en el establo.

Halló a los McGinnis acongojados. Halló también a Osborne McKenzie y al padre de éste, porque McGinnis había mandado a Ernesto a preguntar por Andrés. La ansiedad se dibujaba en el rostro de cada cual. La esposa de McGinnis estaba bañada en lágrimas.

Nichols les contó el caso, lo cual sólo sirvió para intensificar la ansiedad que sentían. Los niños formaban un grupo tenso. Nadie había dormido bien la noche anterior.

—¿Qué irá a hacer con Andrés? A lo mejor lo mata —gritó la madre de Andrés inundada de llanto. Los niños lloraban también.

—Se van a callar, ¿no? Tenemos que hacer algo y pronto —dijo McGinnis—. No es hora de llorar.

—Creo que debemos telefonear a Jaime Waring para que venga enseguida —sugirió McKenzie—. Ah, y también a la oficina de detectives para que salgan para acá en el primer tren.

Nichols llamó por teléfono a Waring. McGinnis telegrafió a los detectives. Veinte minutos más tarde llegaba Waring con Arturo, su hijo. Entonces, armados de revólveres, los cuatro hombres salieron hacia el establo, luego de advertir a los muchachos que se quedaran donde estaban.

Apenas hubieron avanzado unos pasos, los muchachos —Arturo Nichols, Arturo Waring, Osborne McKenzie y Ernesto— salieron tras ellos. Los cuatro iban descalzos.

Los cuatro hombres se acercaron con cautela al establo; los muchachos los seguían a prudente distancia. Cuando se hubieron acercado lo suficiente, se echaron al suelo, pero a pesar de la ansiedad que sentían no veían señales de vida. Pulgada a pulgada se fueron arrastrando hacia el establo, revólver en mano. Al fin pudieron mirar dentro. Pero no vieron a nadie. Con horror descubrían que el ladrón se había escapado y que no se veía a Andrés por ninguna parte.

Por donde quiera había cenizas y palmas y . . . ¡un pedazo de papel azul aquí y otro más allá!

—¡Correcto! —gritó Nichols—. Vamos bien, miren. Se fueron por allí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jim Waring.

—¿Que cómo? Le di a Andrés estos pedacitos

El rastro los dirigía hacia el norte, a través de un sembrando y un manzanar.

de papel para que los fuera tirando en caso que el ladrón se lo llevara con él al irse.

—¡Bien por Andrés! —exclamó McKenzie—. Buen muchacho. Ahora podremos seguirlos.

—Hey, muchachos —gritó McGinnis—, ¿a qué han venido? Métanse por allí atrás y no se dejen ver. Este es un asunto peligroso.

Los cuatro muchachos se agruparon detrás y esperaron a ver lo que sus mayores hacían.

—Miren —dijo Osborne—, nosotros podríamos encontrar los pedacitos de papel más rápido que ellos. Vamos a decírselos.

Hubo acuerdo instantáneo, y juntos se adelantaron a brindar ayuda.

—Muy bien, dejemos que lo hagan. Nos ahorrarán el estar buscando. Pero mantengámonos inmediatamente detrás —dijo Nichols.

Los muchachos se dieron a la tarea y a ninguno de los cuatro le costaba trabajo encontrar los papelitos azules. Eran verdaderos detectives aficionados. Y sabían también que tenían la vida en peligro.

El rastro los dirigía hacia el norte, a través de un sembrado y un manzanar donde los muchachos muchas veces habían jugado. Luego siguieron a través de un pinar. Muchas veces Andrés y sus compañeros habían trepado aquellos pinos y se habían columpiado en las ramas más altas. Ahora andaban tras la pista de un ladrón, y Andrés estaba a la merced de aquél.

Al oeste de los pinos perdieron el rastro.

—Claro —dijo Arturo Waring—, Andrés no iba

a echar ninguno aquí. El ladrón lo hubiera visto y hubiera sospechado. Corramos al otro extremo del pinar, donde la hierba es alta.

Tenía razón. Más allá hallaron otro trozo de papel y apresuraron el paso. Sus padres los siguieron aún más de cerca.

El rastro los dirigió a través de unos arbustos al lado sur de los rieles, hacia un arroyuelo que fluía más allá del semáforo occidental. Allí mismo, cuando el arroyuelo era un torrente impetuoso, los chicos habían construido una balsa con traviesas de ferrocarril atadas entre sí y se habían divertido muchísimo tratando de montarla. Arroyo abajo, bajo el puente y dentro ya de los bosques del lado norte, volvieron a hallar la pista. Allí ésta dio un gran rodeo y los dirigió hacia las lomas que se proyectaban a cierta distancia de allí.

Ya era mediodía y estaban cansados, pero sobre ellos pesaba más el saber que Andrés estaba en manos del ladrón. Al fin se detuvieron a una orden de Nichols.

—¡Agáchense! ¡Tírense en la hierba! ¡Pronto!

Se agruparon protegidos por la alta hierba.

—He visto una columna de humo. Deben haber encendido una fogata. Mejor tracemos un plan aquí mismo para decidir lo que vamos a hacer.

Poco a poco fueron levantando la cabeza. Vieron la columna de humo. Al parecer salía de una cueva en una de las lomas. Haciendo el menor ruido posible, avanzaron con cautela. Cada vez

se aproximaban más. A cada rato se levantaban a ver si captaban alguna señal de vida, pero sólo veían humo.

De pronto se estremecieron al ver que un muchacho se arrastraba fuera de la cueva como un conejo. Al momento reconocieron a Andrés e hicieron señas para atraer su atención. Al principio no las vio, pero luego se puso a mirar con ansiedad en todas direcciones usando las manos a manera de visera. A continuación desapareció. Esperaron en suspenso. Pasaron diez minutos sin volverlo a ver.

Poco después sentían un leve movimiento entre los arbustos. ¿Estaban soñando? Los arbustos se movían como cuando un animal se arrastra entre ellos. Y entonces, para asombro de todos, Andrés salió al claro. Segundos después se estrechaba en los brazos de su padre.

—¡No se levanten! —aconsejó el héroe—. Aproveché que dormía para escapar. Parece que está muy enfermo: no hace más que toser y escupir sangre. Creo que está tuberculoso.

—¿Dónde está? —preguntaron dos o tres a coro.

—Allí, en aquella loma. Ha abierto un túnel y al extremo tiene un cuarto subterráneo. Tiene hasta una cocinilla. Me dijo que le encendiera el fuego, y mientras yo lo hacía se quedó dormido.

Los muchachos, al igual que los hombres, se sentían emocionados. Habían seguido al ladrón hasta su guarida. Pronto sabría aquél que el delito no trae buenas recompensas. Andrés era un héroe. Cuando hablaba, los muchachos lo miraban con reverencia.

El ladrón tiró el revólver . . .

Avanzaron hasta la entrada del túnel. McGinnis y Nichols se arrastraron dentro, revólver en mano. Los otros dos los seguían. Los muchachos esperaban afuera en silencio expectante.

No tardaron en hallar al ladrón. En ese mismo instante abría él los ojos y, levantando el revólver, disparó. La bala no dio en el blanco.

—¡Suelta ese revólver! —ordenó Nichols—. Estás rodeado.

El ladrón tiró el revólver y levantó los brazos al tiempo que se ponía de pie.

—Buena guarida tienes —comentó McGinnis mientras lo amarraba con la propia soga del ladrón—. Conque tú fuiste el que robó en la estación.

El ladrón se estremeció.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó—. Es decir, yo no fui. Nunca he robado ninguna estación.

—Claro que fuiste tú. Robaste en varias otras y también en la mía. La policía te ha estado buscando desde entonces.

El ladrón palideció y tosió.

—¿Cómo lo sabe? —gritó—. ¿Cómo lo sabe?

—Lo sé, amigo mío, porque resulta ser que este es mi anillo —dijo arrancándolo del dedo del ladrón.

—¡Ahí está el sinvergüenza que me entregó! ¡Ahí está! Lo voy a matar. Dije que lo iba a hacer y lo haré.

Diciendo esto se abalanzó sobre Andrés, pero inmediatamente lo agarraron y lo derribaron. Al quedar de bruces en el suelo tosió y de nuevo escupió sangre.

—No, no lo harás —dijo Nichols—. Vas a ir a la cárcel, mi buen amigo.

—Estoy enfermo —gimió el ladrón tosiendo—. Estoy tuberculoso.

Ya se lo llevaban. Apenas podía caminar. Frecuentemente se paraba a toser. Le habían amarrado las manos a la espalda para mayor seguridad.

Atardecía ya cuando llegaron a la estación. El ladrón se estremeció al ver de nuevo la ventana que había traspasado.

Los detectives lo estaban esperando. Inmediatamente lo esposaron y se lo llevaron a la cárcel en el primer tren que pasó. Allí, según entiendo, murió de tuberculosis unas semanas después.

—La próxima vez que vayamos a cazar patos —dijo Osborne riendo al soltarse Andrés de los brazos de su madre— cuidaré de que llegues a salvo a la casa.

Capítulo IX

EL TIROTEO

Feliz se sentía la familia al sentarse alrededor de la mesa del comedor aquella noche. Andrés había aparecido y el ladrón estaba en buenas manos. La señora de McGinnis zurcía las medias de los niños. Aún discutían los sucesos de los dos últimos días.

—Esto me recuerda una experiencia que tuve en Elmstead —dijo McGinnis mirando a Andrés desde el otro extremo del comedor.

—¿Qué pasó? Cuéntanos —exclamaron dos o tres de los niños.

—Bueno, no pasó nada—dijo el padre después de una pausa—, pero pudo haber pasado.

—¿Un ladrón? —preguntó Ernesto.

—No, fue un señor de color que llegó de Windsor —explicó McGinnis.

—¿Qué hizo? ¡Cuéntanos! —gritó Andrés.

—Bueno, verán. La madre de ustedes y yo nos habíamos acabado de mudar a Elmstead. Me enviaron a hacerme cargo de la estación —comenzó McGinnis mientras los niños se apretujaban alrededor de él—. Era un lugar bastante solitario.

—¿Estaba yo allí? —preguntó Andrés.

—Sí —respondió su padre—. Tendrías alrededor de dos años de edad. Ernesto era un bebé. Fue antes que nos mandaran a Woodstock. Había un hotel frente a la estación, una tienda y como media docena de casas. A una milla de

allí vivía una mujer blanca casada con un señor de color llamado José Crone.

—¿Era él el hombre peligroso? —preguntó Gordon interrumpiendo—. ¿Era él el hombre de Windsor?

—No, no. Este era un buen hombre. El malo era otro —explicó el padre—. Al malo lo vi por primera vez una de las tantas veces que salía yo a encender las luces del semáforo. Acababa de terminar y me disponía a regresar cuando vi venir un hombre por la línea. Al acercárseme vi que traía un revólver en la mano. De veras me asustó, pues no sabía qué intenciones traía.

La señora de McGinnis había dejado de zurcir y escuchaba atentamente. ¡Bien que recordaba ella aquellos días de peligro! Los niños estaban boquiabiertos de interés.

—Me amenazó de muerte —continuó McGinnis—, y por unos momentos pensé que lo iba a hacer de verdad. Sin embargo tiré a broma el asunto y el hombre bajó el revólver. Di un paso para seguir mi camino y él lo hizo también. Cuando me hube alejado un poco, apresuré el paso; el corazón se me saltaba y quería alejarme antes que aquel individuo cambiase de idea. Yo sabía que no había estado bromeando, que me había amenazado en serio, pues tenía un carácter violento.

—¿Fue eso todo? ¿Volvió por allí? ¿Lo volviste a ver?

Los niños sabían que el cuento no acababa allí. McGinnis continuó el relato.

—Pasaron dos semanas. Un día se bajó del tren y me amenazó de muerte otra vez. Noté que había estado bebiendo y comprendí lo peligroso que era. Al ver que no le hacía caso, cruzó las líneas rumbo al hotel gritando que había ido a matar a José Crone.

—¿Estaba José Crone en el hotel? —preguntó Gordon.

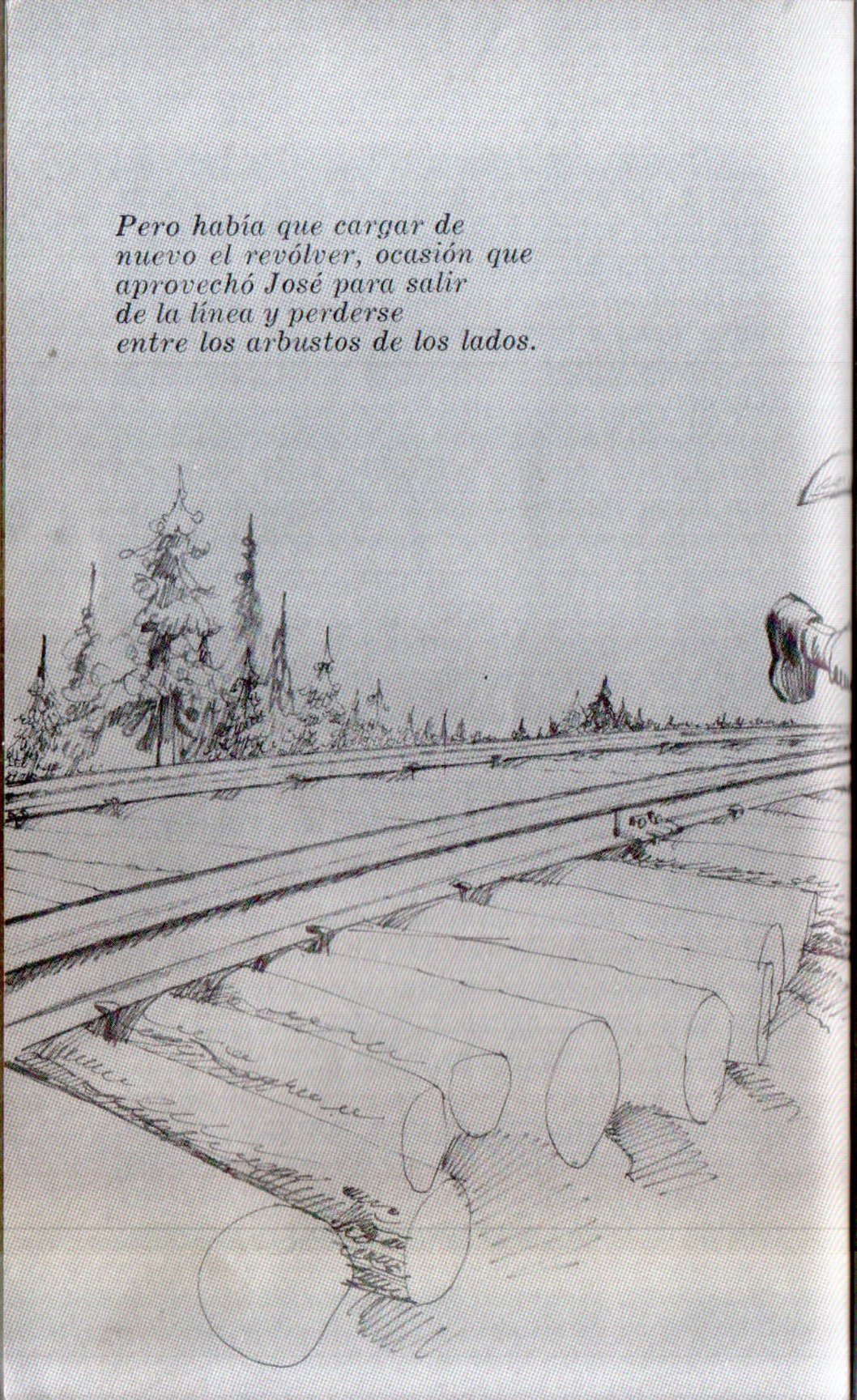
—Sí, allí mismo estaba. Al oír que aquel hombre gritaba que iba a matarlo, salió corriendo por la puerta del fondo. El borracho fue hasta la barra, se tomó varias copas y salió en persecución de Crone. Crone se había escondido detrás de la esquina; al ver salir a su enemigo se disparó a correr. Me parece estar viéndolo con el abrigo enorme y desabotonado flotando al aire y el viejo y remendado bombín cayéndosele de la cabeza.

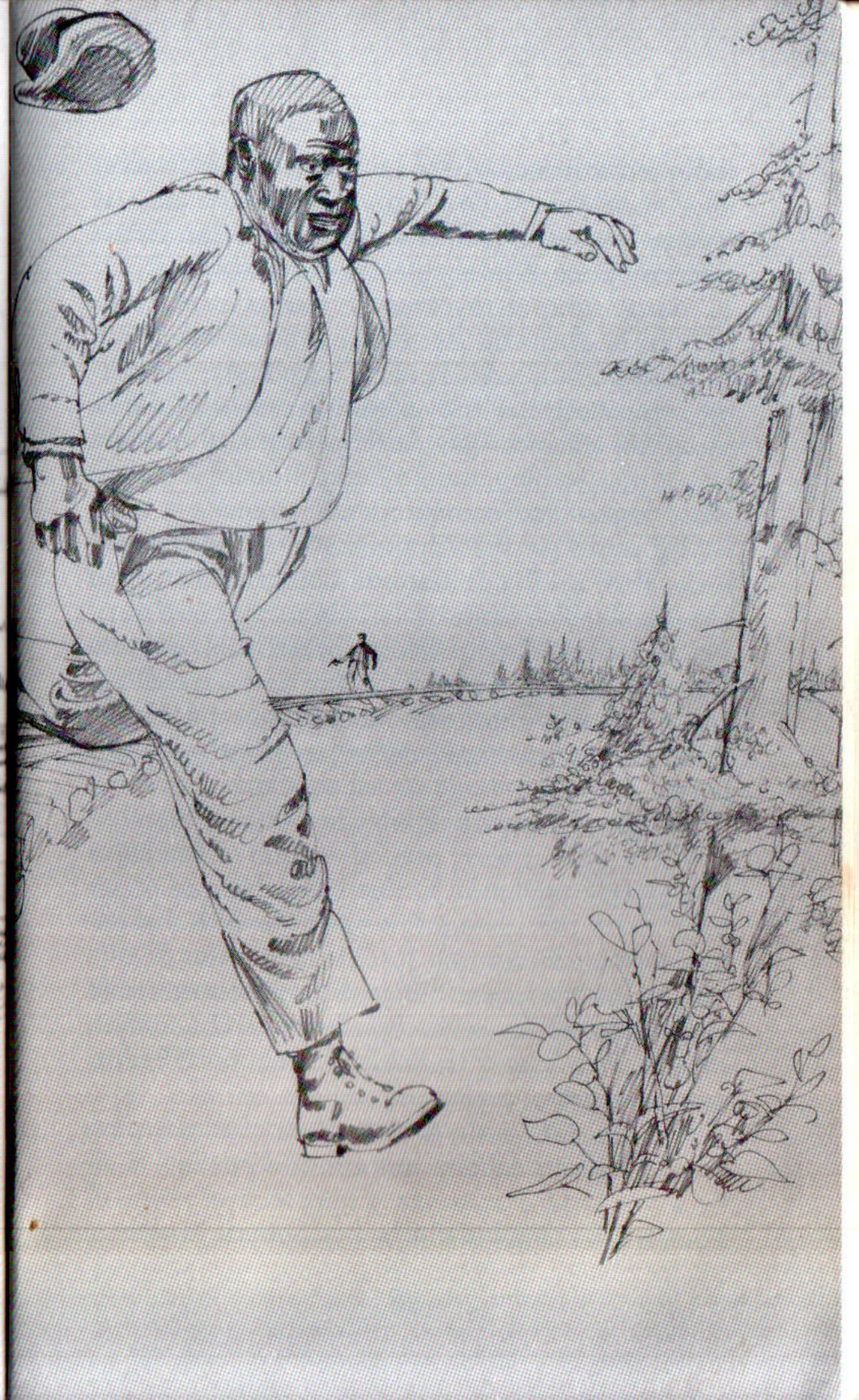
Los niños escuchaban en suspenso. No hablaban. La esposa de McGinnis había reanudado el zurcido.

—José Crone era gordo y no podía correr mucho, pero estaba horriblemente asustado. Soplando, resoplando y de vez en cuando volviendo la cabeza, corría como nunca antes se le había visto correr, mientras el otro, detrás, le gritaba que si no se paraba lo iba a matar.

"Corrían línea abajo. El pobre José estaba perdiendo la carrera. El otro, borracho y todo, lo estaba alcanzando. En eso levantó el revólver y disparó. La bala atravesó el lado derecho del abrigo de Crone. Fue como si a éste le hubieran

Pero había que cargar de
nuevo el revólver, ocasión que
aprovechó José para salir
de la línea y perderse
entre los arbustos de los lados.





dado un corrientazo o se hubiese vuelto diez años más joven. De algún lugar sacó nuevas fuerzas para acelerar la velocidad. Ya no corría sino galopaba. Cada zancada era un brinco.

"*Bang*, sonó el revólver de nuevo, y esta vez la bala le abrió un hueco en el sombrero. José se impulsó aún más. Parecía un cohete; con cada brinco saltaba tres o cuatro traviesas de líneas. Me imagino que la cara negra se le debe haber puesto blanca del miedo. Roncaba y resoplaba como una locomotora de vapor.

"En eso el perseguidor se detuvo y tomó puntería. Pero estaba demasiado borracho. No pudo apuntar bien. Disparó y la bala atravesó el abrigo de Crone. Este pegó un brinco más grande todavía. Pero había que cargar de nuevo el revólver, ocasión que aprovechó José para salir de la línea y perderse entre los arbustos de los lados.

—¿Escapó? —preguntaron los niños a coro.

—Sí, logró escapar; pero el asesino se fue hasta la pequeña choza de Crone en el bosque y por poco mata del susto a la esposa de éste. La encontró sóla. Al ver que José no regresaba, le dijo que lo iba a esperar allí y se sentó en una silla junto a la mesa, revólver en mano. La mujer, muerta de miedo y tratando de encontrar la forma de salvar al esposo, se sentó a mirarlo.

"Por un rato estuvo sentado mirándola, pero a cada minuto echaba una mirada por la ventana a ver si José aparecía y apretaba el revólver por el cabo. Mas al fin la borrachera lo venció

y recostó la cabeza en los brazos tirados sobre la mesa. La esposa de Crone se estremecía de miedo. Mas poco a poco el borracho se fue quedando dormido. Poco después el revólver se le caía de la mano.

"Yo había telegrafiado ya a la policía y a eso de una hora llegaron. Les dije donde estaba el hombre y, por supuesto, allí le encontraron recostado a la mesa y bien dormido. La mujer de Crone estaba tan asustada que no se había atrevido a moverse. Su esposo no había regresado. La policía no tuvo ninguna dificultad en llevarse al borracho".

Hubo una sensación de alivio en el ambiente cuando McGinnis terminó el relato. La esposa añadió:

—Sí, y nosotros teníamos tanto miedo de que nos pasara algo que atrancamos las puertas y ventanas, corrimos las cortinas y estuvimos sentados a oscuras casi dos horas sin atrevernos a salir.

—¿Qué hicieron con el hombre? —preguntó Andrés después de una pausa.

—Tuvo un final triste. Después de estar unos meses preso, le dieron la libertad, pero ese mismo año mató a un hombre y lo ahorcaron —contestó McGinnis mientras se ponía de pie para asegurarse de que las ventanas estuviesen bien cerradas durante la noche.

—No vale la pena ser malo, ¿verdad? —dijo Ernesto.

—No —le respondió la madre—. No vale la

pena. Los malos siempre reciben su castigo.

Los niños se fueron a la cama, pero les costó trabajo dormirse. Cuando lo lograron, soñaron con ladrones. Luego cayeron en sueños más ligeros y durmieron hasta por la mañana.

Capítulo X

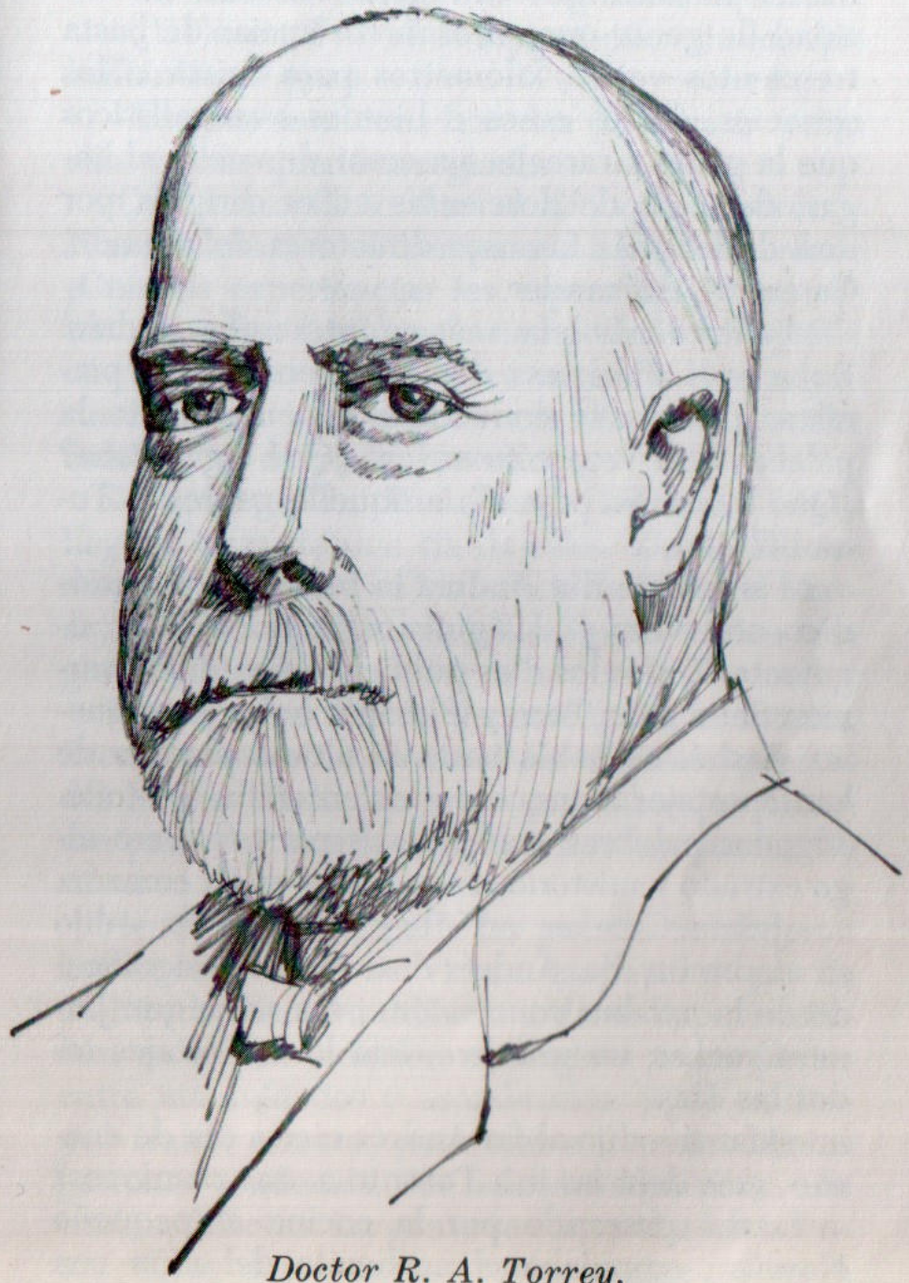
UNA EXPERIENCIA NUEVA

Extraños y misteriosos eran los pensamientos que se estaban apoderando de Andrés como consecuencia de la muerte de su hermana y la experiencia con el ladrón. Ya tenía dieciséis años de edad y se aproximaba la hora de ingresar a la universidad.

El periódico *News* de Toronto llegaba todos los días a la estación del padre de Andrés, y los granjeros y empleados del ferrocarril lo leían con avidez.

Un día de diciembre le llamó la atención a Andrés un ardiente reportaje sobre una serie de grandes servicios evangelísticos que se estaba celebrando en el Massey Hall de Toronto. Aparecía publicado también un sermón del célebre evangelista doctor R.A. Torrey, y la música y la letra del himno *Un canto glorioso*.

Andrés leyó el reportaje con gran interés. Lo mismo los granjeros. Lo mismo los empleados del ferrocarril. El periódico hablaba de las enormes multitudes que se congregaban, de los cien-



Doctor R. A. Torrey, renombrado evangelista

tos de personas que se regeneraban, de la cantidad de gente que recorría distancias de hasta trescientos veinte kilómetros para asistir a los servicios, de los coros e himnos evangelísticos que la gente tarareaba sin cesar de vuelta al hogar, del coro de doscientas voces dirigida por uno de los más famosos directores del mundo, Carlos M. Alexander.

Mientras más leía, más se interesaba Andrés. Roberto H. Harkness, decía la prensa, era el pianista. Cientos se convertían. Ah, aquí esta la palabra otra vez: *convertían*. ¿Qué significaba? ¿Qué le estaba pasando a aquella gente de Toronto?

Al siguiente día Andrés lo buscó en el periódico otra vez, y al siguiente también, y al siguiente. Todos los días publicaban entero el sermón del doctor Torrey. Siempre había algo nuevo. Andrés se bebía hasta la última palabra de los reportajes, aunque no los entendía del todo. Algunas palabras eran nuevas para él. Pero algo extraño y misterioso se agitaba en su corazón.

—Jaime Crocker está bajo *convicción* —dijo su madre un día. Andrés desconocía el significado de la palabra *convicción*, pero sabía que Jaime Crocker, un granjero, leía los reportajes todos los días.

—Mamá —dijo al fin Andrés cierto día de enero—, ¿me dejarías ir a Toronto a esas reuniones?

Estaba paseando por la cocina al pequeño Norman; empujaba el cochecito del niño con una mano y con la otra sostenía el periódico.

—Sí, Andrés, puedes ir —respondió la madre.

—¿Y Ernesto? —volvió a preguntar con los ojos brillantes de gozo.

—Ernesto también. Los dos pueden ir —dijo ella, y todo quedó arreglado.

¡Qué maravilloso fue el día que Andrés y Ernesto tomaron el tren para ir a la gran ciudad! ¡Cuántas experiencias les esperaban! ¿Qué sabían aquellos dos jóvenes campesinos de aquella ciudad? ¡Poco sabían! Pero antes de que regresasen a la vieja estación de Embro, grandes cambios se operarían en ellos.

Se apearon en Parkdale y buscaron cómo llegar a casa de una tía de ellos. Desde allí tomaron el tranvía que los habría de llevar al Massey Hall. Llegando a la calle Shuter vieron una gran multitud.

Se acercaron llenos de curiosidad e interés. Pronto estuvieron frente a las enormes puertas del Massey Hall. La gente esperaba que abrieran para entrar a la reunión. Los muchachos se situaron junto a las puertas.

Media hora más tarde las puertas se abrieron lentamente. Casi se vieron empujados por la multitud. Cuando vinieron a darse cuenta estaban en el piso inferior, mirando a todas partes entre maravillados y asombrados. ¡Qué auditorio! Había asientos para tres mil cuatrocientas personas y, además, dos balcones inmensos, uno encima del otro. La gente se disputaba los asientos. A los diez minutos tuvieron que volver a cerrar las puertas y muchos se quedaron afuera.

Andrés miraba el gran coro sentado sobre la plataforma. Un hombre calvo de rostro sonriente se puso de pie y se dirigió a la concurrencia. Luego subió a otra plataforma más pequeña y más alta, y agitó los brazos en varias direcciones. Aquel hombre, adivinó Andrés, era Carlos M. Alexander. Al mismo instante Roberto Harkness golpeó las teclas del piano y tocó como Andrés no había oído tocar jamás. Inmediatamente la vasta congregación empezó a cantar.

Andrés había oído cantar en la iglesia, pero jamás había escuchado una música como aquella. Aquella música expresaba vida y alegría. Era la esplendente y alegre música evangelística que atraía millares de jóvenes y llenaba iglesias por todas partes. ¡Qué nuevo era aquello para Andrés!

A Andrés le fascinaba la forma en que el famoso director de cantos agitaba los brazos. Nunca había visto a nadie usar los brazos para dirigir el canto de una congregación. Esto lo impresionó mucho. Y el piano, ¡qué manera de hacer vibrar las teclas! Andrés se emocionó al cantar *Un canto glorioso.*

El 6 de enero, último día de la campaña, mientras se dirigían al Massey Hall, Andrés y Ernesto llegaron a un acuerdo.

—Ernesto —dijo Andrés—, me voy a convertir esta noche.

—Y yo también— respondió su hermano.

—Bien —continuó Andrés—, cuando el doctor Torrey dé la invitación, nos paramos y vamos.

Al final de cada mensaje el doctor Torrey había invitado siempre a hombres y mujeres a ir al frente a aceptar a Jesucristo como Salvador. Cientos habían respondido. Los dos jóvenes habían acordado hacerlo aquella noche.

El, herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz fue sobre él; y con su llaga fuimos nosotros curados.

Este fue el texto del doctor Torrey aquella noche.Después de una pausa lo leyó otra vez, pero así:

El, herido fue por mis rebeliones, molido por mis pecados: el castigo de mi paz fue sobre él; y con su llaga fui curado.

Aquella noche el doctor Torrey aclaró bien que el Señor Jesucristo había cargado nuestros pecados sobre su cuerpo crucificado cuando lo clavaron en la cruz del Calvario, cientos de años atrás; y que *convertirse* era simplemente recibir a Jesucristo como salvador personal.

Andrés esperó con ansiedad la invitación. El gran salón estaba repleto. Reinaba un silencio perfecto. Las cabezas estaban dobladas en actitud de oración.

—Pasen ahora al frente las personas de veinticinco o más años de edad que quieran ser salvos —dijo el doctor Torrey fervientemente.

Una docena lo hizo. Caminaron en silencio por el pasillo, le estrecharon la mano al evangelista y luego se dejaron conducir por los conse-

jeros personales hasta el sótano. Pero ni Andrés ni Ernesto estaban entre ellos. Nunca antes el doctor Torrey había puesto límite de edades. Andrés tenía sólo dieciseis años; Ernesto, catorce. Eran demasiado jóvenes.

—Pasen ahora adelante los de veinte años para arriba que quieran convertirse —pidió el evangelista. Desde el primer piso y los dos balcones hombres y mujeres pasaron al frente. Algunos iban llorando; otros con expresiones de gozo. Andrés y Ernesto siguieron esperando.

—Pasen ahora adelante los de dieciséis años para arriba que estén listos a aceptar a Cristo —dijo el doctor Torrey.

Andrés estaba listo y esperando. Pero al querer hacerlo, para sorpresa suya, sintió que no podía, que algo lo mantenía sentado. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué impedía que fuese? ¿Qué poder lo mantenía sentado? Andrés no lo sabía.

Ernesto, que con la mirada fija al frente esperaba que llamaran a los de su edad, se volvió, miró a su hermano, y de nuevo fijó los ojos en el evangelista. Mas luego, comprendiendo que algo andaba mal, dobló el brazo y le metió un codazo a Andrés por las costillas.

Aquello rompió el hechizo, de Satanás o de quién sabe qué, que tenía atado a Andrés. De un salto se puso en pie, salió al pasillo y caminó al frente con otras treinta y cuatro personas. Luego de estrechar la mano del doctor Torrey, bajó al sótano y se sentó en una silla. Un consejero se le acercó, pero le dijo que se sentase en

vez de pedirle que se arrodillara, y Andrés se distrajo con la conmoción que lo rodeaba. Por fin el consejero lo dejó solo.

Andrés estaba desesperado. Se reclinó sobre la silla de enfrente y escondió la cara entre las manos; se le llenaron los ojos de lágrimas. Tenía hambre del Salvador. De pronto, se irguió en la silla y en aquel mismo instante sintió que un gran cambio se operaba en él. Cristo lo había salvado. Andrés se había convertido. ¡Qué experiencia tan extraordinaria! ¡Qué descanso, qué paz y qué gozo!

Ya para entonces cientos se apiñaban en el salón y Ernesto entre ellos. El director habló. Quizás lo era el mismo doctor Torrey.

—Los que han sido salvados repitan conmigo: "Acepto a Jesucristo como mi Salvador, mi Señor y mi Rey."

Puesto de pie, Andrés unió su voz a la de los demás para repetir la oración.

De regreso al hogar, Andrés era otro. Ahora entendía muy bien lo que había sucedido a Eduardo Sykes y al viejo enterrador de Embro: él, al igual que ellos, se había convertido. Todos los días se iba al cuarto a leer la Biblia. Uno de los consejeros había escrito en la contratapa las siguientes palabras:

Este libro te apartará del pecado o el pecado te apartará de este libro.

Andrés subrayaba los versos que le ayudaban más. Luego oraba pidiendo que Dios lo hiciera evangelista, oración que habría de contestar el

Señor. Hablaba del Salvador con sus compañeros de escuela. Le regaló un Nuevo Testamento a Osborne McKenzie, testamento que estaba en uno de los bolsillos de éste cuando lo mataron en la primera guerra mundial. E invitaba a los niños y niñas de los alrededores de la estación a asistir a la escuela dominical que él, con la ayuda de su madre, conducía en el hogar.

Todos los días, mientras encendía las lámparas de lo semáforos, cantaba los himnos que había aprendido. Nadie lo podía criticar, porque allí estaba solo ante la presencia de Dios. Grandes emociones agitaban su pecho joven y anhelos indescriptibles inundaban su alma. Por las noches, bocarriba en la cama, preparaba sermones que predicaba a audiencias imaginarias. La vida entera había cambiado para él desde que el Señor Jesús entró en su corazón.

Cuando las vacaciones veraniegas llegaron, Andrés fue a Embro a tomar el exámen de ingreso a la universidad. Por fin dejaba la escuela pública y volvía la espalda a la pequeña casa escuela roja de la Esquina de los Cody, donde por tantos años había estudiado.

Esta es la historia de la infancia de Andrés. Sé que será inspiración y ayuda para muchos, y espero que cada uno de los niños y niñas que la lean acepten al Salvador de Andrés y sean tan felices como él lo fue. Andrés nunca llegó a arrepentirse de haber aceptado a Cristo, ni tú te arrepentirás jamás.

FIN

LAS AVENTURAS DE ANDRÉS

andrés

Tan interesante que nos lleva a la provincia misma de Ontario, Canada, donde se desarrollan las aventuras de Andrés. Tan emocionante que nos hace vivir las escenas como si cada uno de nosotros fuese un Andrés. Tan instructivo que nos deja lecciones formidables de vida cristiana, mientras nos deleita con escenas de vivo interés. Por ejemplo, ésta:

—¡Cuidado, Andrés, que dice que te va a dar una paliza!

Andrés palideció. Federico era pequeño, mucho más pequeño que él, pero fuerte, duro, cruel y malo. Andrés no sabía luchar. Era demasiado flojo. Lo único que pudo hacer fue pararse a temblar mientras el enemigo se le acercaba.

—Ahora, Andrés McGinnis —gruñó Federico—, vamos a arreglar cuentas viejas.

Andrés retrocedía, al tiempo que sus compañeros se agrupaban en el camino dejándolo solo. Los amigotes de Federico, agrupados aparte, observaban...